



GENERAL  
RICARDO BAYONA POSADA

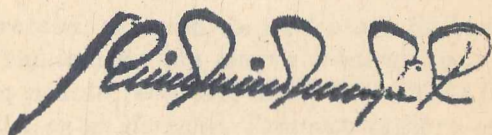
ALGUNAS ANECDOTAS  
VIVIDAS EN MIS CINCUENTA AÑOS  
DE ARTILLERO  
1923 - 1973

BOGOTÁ, D. E.

1974



**ALGUNAS ANECDOTAS VIVIDAS**  
**EN**  
**MIS CINCUENTA AÑOS DE ARTILLERO**  
**1923 - 1973**

A handwritten signature in dark ink, appearing to read 'Ricardo Bayona Posada', written in a cursive style.

**General RICARDO BAYONA POSADA**

## PROLOGO

*He aquí una nueva obra que viene a enriquecer el tesoro de la Literatura militar. El General, en uso de buen retiro, RICARDO BAYONA POSADA nos regala con este libro en que narra escenas de su medio siglo de vida en la artillería: El Arma de la Divisa Negra y de la Empresa Heroica: "Deber antes que vida".*

*No se trata de una historia rigurosa por razón de su método. Tampoco necesitaba el autor de arduas pesquisas en los archivos para acopiar documentación; la moderna Eurística de su obra debió reducirse a una simple mirada retrospectiva sobre su vida militar, tan intensamente vivida. En la revisión y crítica de su documentación en busca de la ansiada autenticidad, no eran menester testigos ni confrontaciones y le bastaba apelar a su propia singular memoria y dejaba descansar tranquilos a sus oyentes en la confianza absoluta de su probidad característica nunca desmentida. Por lo que hace a la reviviscencia de los hechos, la evocación vital de la narración que se exige a todo historiador y sin la cual todo relato es muerto, ni en un simple documento podía faltarle al talento creativo del General.*

*No se trataba, en suma, de un tratado de historia así fuera él breve, ni siquiera de una simple crónica. Todo esto, y mucho más, hubiera podido realizarlo BAYONA POSADA, pero no lo quiso y estaba en su derecho. Tampoco el libro es una autobiografía. Desde los tiempos remotos hasta el famoso Churchill, los grandes lo han intentado en materia de historia. También el General BAYONA hubiera podido hacerlo por derecho propio, respaldado por sus obras y por su amor al Arma que se prolonga más allá de los duros quehaceres que ocuparon la totalidad de sus energías en la vida sin descanso de los Cuarteles. Pero no quiso expresarse en esta forma, un poco por su modalidad intelectual y ante todo por la santa modestia que suele acompañar también a los grandes valores.*

*Ni historia pura ni autobiografía pura. El General escogió, sin embargo, una forma narrativa que en sí misma no se desliga totalmente ni de la historia ni de la autobiografía. Su obra es una cadena anecdótica de escenas, absolutamente históricas en su contenido, a través de las cuales se adivina sin esfuerzo alguno la presencia del autor.*

*Nadie quizá, estamos pensando, o cuando menos muy pocos parecen rodeados de una aureola de merecimientos más brillantes en la vida actuante y en su honroso retiro; y como juzgamos que todo el que se ha distinguido en el pasado además de sus hechos debe legarnos la memoria de ellos, hasta nos sentimos audazmente compelidos a sospechar que el General tenía cierta obligación moral de dejarnos este recuerdo. Lo ha hecho como militar y admirablemente como intelectual por linaje y por disciplina personal y hasta con la sal y pimienta de su propia tierra. Gracias General por tan valioso y cordial obsequio.*

**EJ. GENARO DIAZ JORDAN**  
*Capellán Escuela de Artillería.*

*Bogotá, Diciembre de 1974.*

# I

## INTRODUCCION

Antes de la Ley 75 de 1925, el Gobierno podía retirar al personal militar, sin complicación alguna y sin ninguna prestación. Bastaba un simple Decreto, tal como sucedió, con uno muy comentado dictado el 11 de octubre de 1923.

En esa época el Ejército estaba organizado con tres Divisiones, cada División constaba de dos Brigadas y cada Brigada de dos o tres Regimientos de Infantería, una de Caballería; casi todas con uno de Artillería. Algunas Brigadas tenían también un Regimiento de Ingenieros o Ferrocarrileros y una tenía uno de Tren.

Cada Regimiento de Infantería constaba de dos Batallones y cada Batallón de dos compañías. Los Regimientos de Caballería y Artillería tenían cada uno dos Grupos; en Caballería cada Grupo dos Escuadrones, y en Artillería cada Grupo dos Baterías.

El armamento de la Infantería, no era otro que fusiles Mausser 1912, y el de la Caballería carabinas de la misma marca y modelo; esta arma tenía una dotación de caballos tan reducida que ninguno de los Regimientos alcanzaba a completar el número necesario para un Escuadrón.

En cuanto a la Artillería el problema era aún mayor. La dotación de carabinas modelo 1912 estaba completa, pero el ganado, apenas alcanzaba para dotar una Batería y en cuanto a cañones existía la célebre Batería obsequiada por los Clubs de Bogotá cuando el ataque a "La Pedrera"; dos piezas Krupp, seis Cañones Maxim del Siglo pasado y unos cuantos Banges viejos y bastante deteriorados. Es decir, con el material con que contaba cada uno de los Regimientos, apenas se podía completar y eso no bien, el de una Batería.

En ese octubre de 1923, era Ministro de Guerra Alfonso Jaramillo; con el Estado Mayor estudió a fondo la situación del Ejército y después de detenidos exámenes, llegaron a la conclusión de que era mejor tener un Regimiento más o menos completo y no tres o cuatro en las condiciones en que en ese momento se encontraban. En Caballería fueron eliminados tres Regimientos; quedando el ganado y demás elementos concentrados en Bogotá en uno sólo, el Regimiento "Páez"; y en cuanto a la Artillería fueron igualmente eliminados tres grupos, o dos Regimientos concentrándose el material, ganado y demás elementos en Bogotá para quedar toda la Artillería reducida a un sólo Regimiento, el "Bogotá". Este Regimiento así formado, prácticamente vino a ser el principio de la Escuela del Arma; y aún cuando tenía cuatro clases de materiales, cada una de las cuatro Baterías podía contar con una dotación más o menos completa. Anoté al principio, que el Decreto del 11 de octubre había sido muy comentado, era lo lógico, pues en él se decía: "Reorganizase el Ejército así: y se iban fijando las Unidades con sus respectivas dotaciones y se iba nombrando el personal para cada puesto". El último Artículo del Decreto, daba, —pudiéramos decir en términos taurinos— el puntillazo, pues decretaba "El Personal de Oficiales, Suboficiales y Civiles que no figure en el presente Decreto se **considera dado de baja. Y** así se cumplió.

Para aclarar mejor lo anterior, quiero informar que según el célebre Decreto el Regimiento de Artillería N<sup>o</sup> 1 "Bogotá" quedó organizado así:

Comandante del Regimiento: Coronel Campo Elías Duarte ✓  
Ayudante del Comando: Teniente José A. Cortés ✓  
Oficial de Reclutamiento: Capitan José Luis Rodríguez ✓  
Comandante Primer Grupo: Coronel Luis A. Ramírez ✓  
Comandante Primera Batería: Capitán Angel M<sup>a</sup>. Cleves V. ✓  
Teniente Primera Batería: Teniente Gabriel Collazos ✓  
Subteniente Primera Batería: Subteniente Arturo Lema P. ✓  
Subteniente Primera Batería: Subteniente Francisco Santos ✓  
Comandante Segunda Batería: Capitán Antonio Valderrama ✓  
Teniente Segunda Batería: Teniente Clodomiro Lozano Q. ✓  
Subteniente Segunda Batería: Subteniente Manuel S. Durán ✓  
Subteniente Segunda Batería: Subteniente José H. Londoño ✓  
Comandante Segundo Grupo: Mayor Víctor A. Cogollos ✓  
Comandante Tercera Batería: Capitán Julio Osorio Gutiérrez ✓

Teniente Tercera Batería: Teniente Mariano Villegas R.

Subteniente Tercera Batería: Subteniente Rafael Rodríguez

Subteniente Tercera Batería: Subteniente Gonzalo Fajardo

Comandante Cuarta Batería: Capitán Josué Tavera

Teniente Cuarta Batería: Teniente Antonio Bernal

Subteniente Cuarta Batería: Subteniente Eurípides Márquez

Subteniente Cuarta Batería: Subteniente Augusto Borrero

Pocos días después, el 5 de diciembre de 1923; fué ascendido a Teniente el Subteniente Rafael Rodríguez Bermúdez y pasó a ocupar la vacante de Teniente que en la Tercera Batería dejó el Teniente Mariano Villegas Restrepo, quien, siguió en el retiro. Ese mismo día fué ascendido a Subteniente el Alférez Ricardo Bayona Posada, y pasó a ocupar la vacante, que por ascenso dejó en la Tercera Batería el Subteniente Rodríguez B.

## II

El Regimiento así organizado, acuartelaba sus soldados dos veces al año; El 1º de marzo y el 1º de septiembre.

El 1º de marzo llegaban los reclutas para el Primer Grupo (Primera y Segunda Baterías) y entonces el personal del Segundo Grupo (Tercera y Cuarta Baterías) quedaba desde ese momento como personal antiguo, dedicado en su mayor parte del tiempo a servicios especiales, tales como Guardias, tanto de cuartel como de Palacio; ayudantes de enfermería, palafreneros, rancheros, ayudantes de taller, y demás servicios propios de una Unidad; como es obvio, este personal de antiguos era poca la instrucción militar a que podía dedicarse; en cambio los que acababan de ser acuartelados, los reclutas, recibían instrucción militar de día y de noche. A los cuatro meses presentaban su revista individual y antes del primer semestre de acuartelados su revista de Batería. El 1º de septiembre este personal pasaba a ser antiguo y los que hasta en ese momento habían sido antiguos eran desacuartelados y reemplazados por reclutas.

En cuanto a la instrucción de Oficiales, ésta tenía lugar permanentemente en academias y durante la instrucción de Batería en el terreno. Las academias estaban bajo la dirección del Comandante del Regimiento y de los Comandantes de Grupo y de vez en vez de alguno de los capitanes; tenían lugar de 6:00 a 7:00 de la mañana y de 4:00 a 5:00 de la tarde. Mientras los Oficiales estaban en academias, los soldados bajo la Dirección

de un Institutor Civil aprendían a leer, y recibían instrucción civil de acuerdo con sus escasos conocimientos. Dentro de cada Regimiento funcionaba la Dirección de Reclutamiento y movilización, encargada de efectuar correrías, acuartelar los respectivos contingentes y llevar los datos de los reservistas del Cuerpo.

Como es lógico, el reservista quiere a la Unidad en donde ha prestado su servicio, y la Oficina de Reclutamiento tenía con cada reservista un contacto tal y llevaba sus libros y cuadros tan completos, que en cualquier momento podía informar más o menos lo siguiente:

El Soldado tal... fué desacuartelado el 1º de septiembre de 1920 se volvió para su pueblo, Cajicá, lugar en donde reside su familia y está trabajando en una zapatería del pueblo, como ayudante del zapatero. Continúa soltero.

No se crea que lo anterior es exagerado. No. Más de un 90% del personal reservista, comunicaba puntualmente a la Oficina de Reclutamiento de su querido Regimiento, todos los cambios de domicilio, de actividad y de estado.

Además, cada Regimiento tenía dos, tres o cuatro zonas de acuartelamiento, luego cada año, o año y medio o dos años, le volvía a tocar a cada zona dar personal para el Regimiento, y por lo tanto el personal de la Oficina de Reclutamiento volvía a los mismos pueblos que años antes habían proporcionado personal, circunstancia muy favorable para tomar contacto con los reservistas y para dejarles, a los párrocos y alcaldes, listas de los que en cada pueblo habían ido a prestar su servicio, para que, unos y otros verificaran los datos y tenerlos más completa y veraz estadística de los que en años anteriores, habían tenido el honor de pertenecer al querido y siempre recordado Regimiento.

Así, constituido en 1923 en la Capital de la República, el Regimiento de Artillería N° 1 "Bogotá"; recordemos algunas anécdotas de esa época. Al hacerlo, tengamos presente, que cada una de ellas puede tener su corolario, que si es el caso, lo enunciaremos, para que el lector saque sus consecuencias.

Como todo lo que relataremos ha sido vivido por nosotros, y procuraremos hacerlo dentro de la más absoluta veracidad, esperamos, que quienes figuren, no vayan a tomar a mal nuestras reminiscencias, y nos disculpen por las omisiones que podamos tener. Mil gracias.



## “REGIMIENTO DE ARTILLERIA No. 1 BOGOTA”

### LOS 22 CAÑONAZOS

El doctor Alfonso Jaramillo, falleció en una finca de su propiedad, situada en la Sabana de Bogotá. Como a ExMinistro de Guerra, le correspondieron los honores militares, fijados en el Reglamento de Servicio de Guarnición.

Al señor Coronel Campo E. Duarte le correspondió mandar el destacamento que debía efectuar los honores del caso, y el señor Subteniente Bayona, lo acompañaba como Ayudante.

De acuerdo con lo ordenado por el Reglamento, en el momento de inhumar el cadáver, se tenían que disparar ocho cañonazos.

El sitio escogido siempre para las salvas de Artillería en los entierros, quedaba un poco al occidente de la puerta principal del Cementerio, en la Calle 26 en una como plazoletica cerca del anfiteatro. Era costumbre que al llegar a la puerta del Cementerio las tropas que acompañaban los cortejos fúnebres, una pieza de artillería, se desplazaba con la munición a fogueo, cuyo número, para equilibrar el peso de las cajas de munición era de 24 cartuchos, al sitio anteriormente indicado. Allí, a una señal del Comandante, el Oficial encargado de las salvas ordenaba disparar los cañonazos reglamentarios.

En el entierro del doctor Jaramillo, le correspondió lo anterior al Subteniente Uribe.

Llegado el momento, el Coronel dió las órdenes del caso, las tropas rindieron honores, y el cañón principió a disparar. Con intervalo de medio minuto retumbaba cada cañonazo, se completaron los ocho reglamentarios, y sin embargo seguían los disparos. En el primer momento, uno tiene la sensación de que se equivocó en la cuenta, y al llegar a nueve piensa que

tal vez eran ocho, pero cuando ya mentalmente habíamos contado más de una docena, el Coronel me ordenó fuera rápidamente al sitio en donde se estaba disparando, y ordenara el cese del fuego. Las tropas formadas en la calle y la cantidad de gente curiosa, no me permitieron llegar rápidamente, pero a medida que yo me acercaba al lugar en donde estaba ubicada la pieza, los disparos seguían.

Cuando llegué a donde estaba el Subteniente Uribe, la última vainilla, era extraída de la recámara del cañón.

Mi Teniente, le pregunté: Cuántos disparos se hicieron? Los que trajimos, menos dos que fallaron, me contestó con toda tranquilidad.

Lentamente me fuí a dar cuenta a mi Coronel de cómo había cumplido su orden, temeroso de la reacción que pudiera tener contra Uribe. Subí la mano a mi casco, y le dí cuenta del cumplimiento de mi misión. Muy serio pero tranquilo me dijo: Cuántos cañonazos le correspondían al doctor Jaramillo? Ocho le contesté. Cuántos dispararon? me pregunto. Como el doble volví a contestarle sin bajar la mano de la vicera de mi casco.

Me miró menos serio y me comentó: La culpa la tengo yo por no haberle enseñado al Subteniente la manera de proceder en estos casos. Yo soy el culpable y no Uribe. Pero en fin, Jaramillo era un buen hombre que bien se merecía el error.

Ordene mi Teniente, que las tropas se retiren hacia sus cuarteles y usted siga conmigo.

### **Corolario:**

Horas más tarde, en el Casino, entre chiste y chiste, Los Subalternos al comentar lo de los veintidos cañonazos, estábamos todos de acuerdo, de que el Coronel nos había dado esa mañana una enseñanza para el futuro, y que ninguno, jamás, meteríamos el pie con respecto a honores a nuestros ilustres muertos...

## MI CAPITAN QUIJANO VILLAMIZAR

Un Oficial típico, no sólo en el arma de Artillería, sino en el Ejército, fué el Mayor Alberto Quijano Villamizar.

Oriundo del Departamento de Santander, tenía a tanto honor el haber nacido en la bella ciudad de los Parques, que cuando se presentaba o era presentado a alguien por algún amigo siempre decía:

Carlos Alberto Quijano Villamizar **Santandereano**.

Sus compañeros lo apodaron cariñosamente "El Loco", pues se cuenta de él, que cuando era cadete, el mismo se hacía instrucción, y el mismo se imponía los castigos.

Cadete Quijano, se ordenaba el mismo, esa media vuelta que acaba de dar está muy mal hecha en el descanso debe hacer media hora de servicio especial, y así era. A la hora del recreo voluntariamente se iba al último extremo del Patio N° 2 y se ordenaba: Cadete Quijano media vuelta. Eso está mal, dé tres más. Cadete usted está perezoso... A la puerta de salida carrera mar... y salía corriendo como un ejemplar de sangre del hipódromo... Llegaba a la puerta y el mismo se decía: A su puesto carrera mar... Dé otra media vuelta... Esa está mejor... Siéntese y descanse tres minutos... Otra media vuelta. Esa está buena Cadete Quijano... Dé dos más como esa y puede retirarse, pero no olvide, que al retirarse, debe dar muy bien la media vuelta, pues de lo contrario tendrá nuevamente servicio especial, o plantoneada esta noche... Bien. Puede retirarse y pasar al Casino...

Ese espíritu de Cadete, lo conservó de Oficial, siendo un gran trabajador, inigualable amigo y un excelente compañero, pero también un terrible enemigo.

Por lo anterior, todos los subalternos lo queríamos y lo estimábamos, pues sabíamos que él siempre nos defendía ante los superiores, y que en caso de necesidad se sacrificaría por nosotros.

Era amigo de los discursos y le gustaba, cuando salía con su Batería hacer instrucción a la tropa en presencia de los Oficiales, al pie de las estatuas de los próceres o de los monumentos nacionales.

Los subalternos sufrían mucho, cuando el Capitán con su Batería, camino del terreno o del Polígono, pasaba por frente de algún monumento o estatua, especialmente por las de Bolívar y Santander pues formaba sus tropas frente de ellas y principiaba a recordar los rasgos sobresalientes del Libertador o del Hombre de las Leyes y a hacer preguntas a los soldados sobre las batallas ganadas por nuestros próceres mientras apoyaba la mano sobre la grupa de su célebre caballo "Zegrí".

La víspera de una salida al Polígono, y comprendiendo los Oficiales que al día siguiente habría discurso fueron hasta la pesebrera donde pastaba Zegrí, y con una aguja hipodérmica, le hicieron un gran número de picotazos sobre el anca. Como era lógico, el caballito del Capitán quedó tan adolorido, que con sólo tocarle en el sitio de los pinchazos, se enfurecía.

Como estaba previsto, la Batería salió para el Polígono a órdenes del Capitán Quijano en las primeras horas. Hasta la plaza de Bolívar todo marchó bien. El círculo se formó como de costumbre al pie de la estatua del Libertador y al principiar su perorata, el Capitán apoyó fuertemente, como lo hacía siempre, su mano derecha sobre la grupa de Zegrí. Este levantó las patas, agachó la cabeza y Quijano salió como un bólide por sobre las orejas del caballito... Desde el suelo el Comandante de la Batería gritó... Gasa, esparadrapo... yodo. Como nadie los tenía, se levantó tranquilamente y dijo: De manera que he perdido la instrucción práctica que acabo de darles...? Que tal si le hubiera pasado algo grave a su Capitán...? Comprendo que la lección práctica que acabo de darles, no la han entendido todos los soldados. De eso estoy seguro... Se levantó, nuevamente, montó y continuó su marcha hacia el Polígono; pero tal como lo contaba por la tarde en el Casino, durante todo el camino tuvo mucho cuidado de no tocar al caballo con la espuela, convencido de que el brinco se debía a que lo había picado en el ijar.

### **Corolario:**

Nunca se amilanó el Capitán Quijano, ante ninguna situación, aun cuando fuera difícil y siempre encontraba la manera de salir del apuro y quedar bien. En eso nunca falló...

## LA MISMA ESTATURA

El Capitán Quijano, era el Oficial de Reclutamiento del Regimiento Bogotá, y después de varias correrías, quiso, y con sobrada razón, ocupar un puesto de Comandante de Batería en el mismo Regimiento, teniendo en cuenta, que por ascenso de un Capitán, acababa de quedar la vacante.

Hizo la solicitud al Comando del Regimiento, el cual apoyó, y luego soltó sus palancas ante el Ministerio.

Cuando parecía que obtenía lo deseado, un mal amigo, de los altos Comandos, le contó que su asunto estaba ya para salir, pero que el Mayor Cogollos, Comandante del Grupo al cual pertenecía la Batería a que aspiraba Quijano, había hablado con el Secretario del Ministro de Guerra en contra de su traslado.

Al oír Quijano lo anterior, se fué para su Cuartel, y les dijo a los Oficiales, que mientras le pasaba la furia que tenía; y que de seguro le duraría sus días, se iba a encerrar en su pieza, pues no quería ver al Mayor Cogollos, pues si se encontraba con él lo mataba. Efectivamente, se encerró en su pieza para terminar sus últimos cuadros de reclutamiento.

Al día siguiente de lo anterior, estábamos los subalternos haciendo la sobremesa del almuerzo en el comedor; cuando llegó el asistente de Capitán Quijano, pidió permiso para hablar con el Subteniente Uribe, y delante de todos le dijo que su Capitán lo necesitaba en su pieza.

Como era natural, no faltaron entre los Oficiales los con-sabidos comentarios. Alguno decía que era peligroso que Uribe fuera a la pieza de Quijano, pues éste estaba con La Luna; otro manifestaba que si sería Uribe había hablado con el Mayor Cogollos; los más opinaban que era mejor que no fuera a la cita. Sin embargo, el aludido se puso su sable y su gorra, y caute-

losamente se fué para la pieza del Capitán. La puerta de la misma estaba completamente abierta, y desde el corredor no se veía a nadie adentro. Lentamente Uribe llegó hasta el umbral con el fin de pedir permiso para entrar, cuando un garrote impulsado violentamente salió de detrás de la puerta y cuando faltaban escasos centímetros para llegar a la cabeza del Oficial, paró en seco, a la vez que se oía la voz del Capitán que le decía: No te afanes Monito, no te afanes, ven te tomas conmigo esta copita de buen vino que te tengo aquí servida, y tomando al Subteniente por el brazo lo introdujo a su habitación mientras le decía:

Tu eres entre todos, el único **de la misma estatura** del Mayor Cogollos y quería entrenarme, por si acaso a dicho señor le diera por venir a hablar conmigo en mi pieza... Salud amigo... Salud Monito, Salud...

### **Corolario:**

Al día siguiente de esta travesura, salió un Decreto destinando al Capitán Quijano Villamizar al Comando de la Batería. Inmediatamente, y dado su gran espíritu militar, con su uniforme N° 1 dió principio a las presentaciones reglamentarias. Al hacer la correspondiente al Secretario del Ministerio de Guerra, dicho Secretario lo felicitó por su traslado y le manifestó, que éste se había podido hacer, sin dificultades, gracias al concepto favorable que había dado el señor Mayor Cogollos.

Quijano salió apresuradamente para el cuartel de su Regimiento, buscó a su Mayor Cogollos, y le pidió excusas, le dió las gracias, le estrechó la mano, y le ofreció nuevamente su amistad.

Los dos fueron grandes amigos por el resto de sus días, y el Comandante Cogollos, tuvo en Quijano Villamizar, el más trabajador, el más leal y el más honrado de sus subalternos.

## LOS CUCARRONES DEL MAESTRO

A las ocho y media de la noche, el personal de Suboficiales y soldados del Regimiento, pasaba a los dormitorios. Cinco minutos después todos estaban, excepto los que prestaban servicio, acostados. Los de servicio esperaban el toque de corneta de silencio, que se daba a las nueve de la noche.

Por lo general, el Oficial de Servicio, tan pronto como la tropa quedaba acostada en el dormitorio, pasaba al Cuerpo de Guardia, para controlar los relevos de los Comandantes y Cabos de Guardia y luego se situaba en la puerta principal del cuartel, la que daba sobre el costado occidental de la Plazuela de Ayacucho, esperando el toque de silencio, para cerrar él, personalmente, a la terminación del toque, la puerta y entregar la llave al Comandante de Guardia.

El Subteniente Bayona estaba una noche, como Oficial de Servicio, al lado del Centinela, esperando se llegara la hora de usar la llave de la puerta; cuando vió que dos niñitos de aspecto humilde, se movían de un lado para otro cerca del centinela, y cogían cucarrones, de los que por esa época volaban debajo del bombillo del poste de luz cercano al cuartel. Los niños, sin inmutarse por los militares seguían en su trabajo, y cada animalito que apresaban lo metían en sendos tarros que llevaban consigo.

Intrigado el Subteniente, llamó al niño que estaba más cerca, y en tono jovial y cariñoso, para que no se asustara, le preguntó: para qué estas cogiendo esos cucarroncitos...? El niño no se atrevía a contestar, y el compañero, como tratando de ocultar su tarrito, se acercó al grupo y contestó a la pregunta que le hicieran a su amigo diciendo: Es que estamos cogiendo animalitos para una cosita... El Subteniente volvió a insistir, en tanto que se sonreía con los jovencitos; pero el que había permanecido callado, habló para decir lo mismo que

su compañero, es que los queremos para una cosita... El Oficial se agachó, tomó dos animalitos, y le entregó uno a cada niño, a la vez que les decía: si me cuentan para que son, los dejo entrar a esta pieza en donde hay miles, para que se los lleven. Pasados unos momentos los niños perdieron el miedo, seguían llenando sus tarritos, y recibían a su vez otros que les alcanzaba el Oficial, y el Cabo de Guardia, que se había acercado a la puerta. Ante la insistencia del Subteniente y viendo los niños que los militares no les iban a hacer nada, uno de ellos dijo: Le voy a contar para que son, pero eso sí, me lleva a donde hay tantos como usted dice.

Mire señor, nosotros estamos en una Escuela por allí cerca a Las Cruces, el Maestro es muy bravo y nos friega mucho, y nos castiga con frecuencia; él duerme en una pieza que da para la Calle, y nosotros descubrimos que deja de noche el postigo abierto, para que por la mañana lo despierte la luz. Pues como nos molesta tanto, los alumnos disimuladamente rompimos un vidrio de la ventana, y todos por la nochecita tenemos la consigna de salir, tomar el mayor número de cucarrones, y tirárselos por el roto del vidrio de la ventana al dormitorio, para que lo frieguen, ya que el viejo nos friega a nosotros, Somos hartos, y aun cuando todos no pueden salir todas las noches, siempre es que le botamos al cuarto bastanticos.

### **Corolario:**

Al cumplir mi promesa de dejar entrar a los niños a la cucarronera; miré el tarro de uno de ellos y calculé en varios centenares su número. Si los cazadores nocturnos son por lo menos treinta muchachitos, ¿cuántos serán los cucarrones encargados de no dejar dormir al maestro...?



## LOS JARROS DEL SARGENTO ATARA

Los Sábados no había ni Academia de Oficiales, ni instrucción civil; en cambio ese día a las seis de la mañana, salían las Baterías de Reclutas para el terreno, generalmente al Barrio 1º de Mayo, en los potreros al Sur de la Casa de Ejercicios de Loyola; casa que años más tarde se convirtió en cuartel de la Artillería.

A las siete de la mañana el Comandante del Grupo de las Baterías de Reclutas, recibía parte y daba principio a la con sabida revista.

Por regla general, una Batería pasaba a trabajar a un potrero cercano, a órdenes de los Suboficiales, mientras la otra era revisada, sin saberse sobre qué versaba la revista.

El Teniente Coronel Ramírez, o el Mayor Cogollos, Comandantes del Grupo, ordenaban: Capitán, ordene al Teniente X que el personal se prepare para revistarlo... en tal cosa, (Gimnasia, apuntadores, conductores), y así se hacía. Más o menos a la hora, daban un pequeño descanso y luego se revistaba otra rama de instrucción; terminada esta parte de la revista, venía una corta pero sangrienta crítica, la cual incluía, además de la rama educativa, todos los detalles de aseo de equipo y armamento, estado del ganado y atalaje, etc. etc.

Esa Batería que acababa de presentar revista, se retiraba al sitio en donde había permanecido la otra; y la que había estado recibiendo las instrucciones de los Suboficiales, era conducida por su Comandante al lugar en donde los Comandantes de Grupo pasaban revista. Con esta Batería se procedía en forma análoga a la otra, y más o menos a las doce del día, cuando terminaba la crítica, las Unidades eran conducidas a órdenes de sus comandantes a los cuarteles de San Agustín.

Una mañana de esas, el Subteniente Fajardo, presentó la Batería al Coronel Ramírez, para que le pasara revista, en lo que se llamaba entonces "orden cerrado". El regaño del Coronel para el Subteniente, fué muy duro, por que el personal no había llevado jarro en el morral.

A todas estas el Subteniente Bayona, tenía la misma clase de instrucción en la otra Batería, y al oír la severidad con que había sido tratado el Subteniente Fajardo; le vino la preocupación, de qué le iría a decir a él el Coronel, cuando le presentara la tropa para ser revistada, pues ésta, no tenía ni jarro ni cantimplora en el morral.

Durante toda la revista la preocupación del Subteniente Bayona no lo abandonó un sólo momento. Revistada la Batería a que pertenecía el Subteniente Fajardo, se ordenó presentar a la que pertenecía Bayona. Dicho Subteniente nerviosamente dió parte al Coronel. Este pasó revista por el frente al personal de tropa, y no encontró reparo. Ordenó dar media vuelta y cuando Bayona cerró los ojos para no ver los morrales sin jarros y sin cantimplora, y se agachó para oír el consabido regaño; oyó uno nuevo para Fajardo; en tanto que felicitaba al Comandante de la Batería pues según él, éste si se preocupaba porque su tropa estuviera bien presentada, y más que todo porque los Subtenientes de esa Batería sí sabían cumplir con sus obligaciones. Bayona, como despertando de un sueño, miró a sus soldados y cual no sería su sorpresa al ver los morrales con cantimplora y con jarro.

Las revistas terminaron, y la tropa salió para los cuarteles. Cuando el Capitán ordenó "Columna de Marcha", el Subteniente Bayona pasó a la parte de atrás de la Batería, en donde iba el Sargento 1º Salvador Atará, y le preguntó: Sargento, nosotros traíamos jarro y cantimplora? No mi Teniente, no traíamos, contestó el Sargento, pero cuando yo ví lo que le pasaba a mi Teniente Fajardo, y comprendiendo que tenía tiempo me esfumé, y en mi caballito que sabe andar, fuí hasta el cuartel, saqué del Almacén un buen número de jarros y cantimplora, los metí en un costal y me devolví rápidamente a donde estaba mi tropa. Aquí me sobraron jarros, cantimploras y tiempo. Cada uno recibió las suyas y el personal se presentó, como mi Teniente vió con el equipo completo.

Usted se imagina mi Teniente que el Sargento 1º Atará, dejara quedar mal a uno cualquiera de los oficiales de la Batería? No mi Teniente, eso jamás.

### **Corolario:**

En ese entonces, los Suboficiales, aún a costa de su propio puesto y por lo tanto de lo único que tenían, se sacrificaban por sus superiores...

## REGLAMENTO DE ESGRIMA

El Alférez de la Escuela Militar, cuando nosotros lo fuimos, tenía un sueldo mensual de ocho pesos, pero no se lo entregaban al interesado, sino cuando ya prácticamente era Oficial; de tal suerte, que en vísperas del grado de Subteniente, le pagaban al Alférez los noventa y seis pesos de sueldo del año.

Esa suma, era la base para la compra del vestuario de Oficial, pues en ese entonces, y más o menos hasta 1928, los Oficiales teníamos que vestirnos por nuestra cuenta.

Tan pronto el Subteniente llegaba a su Unidad, por lo general el Comandante del Cuerpo, le pasaba una somera revista de lo que tenía, para ayudarlo a completar el equipo, y para tener con él ciertas consideraciones; tales como ordenar que tuviera supremacía en los talleres del Regimiento para la confección de calzado y vestuario, y no nombrándolo en los primeros días en comisiones, en donde tuviera que usar casco y bandolera, pues se suponía, que esas prendas, podían ser adquiridas con el primer sueldo, es decir después de un mes de servicio como Oficial.

En ese entonces, la base del uniforme, fuera del ordinario de terreno, que era de un paño brusco, y que nosotros llamábamos cariñosamente, el albardón; era la blusa gris y los pantalones largos azules; éstos naturalmente tenían que ser de muy buen paño, no sólo para resistir el continuo uso, sino porque la obligatoria trabilla, los mantenía siempre templados.

Un corte de excelente paño azul, marca "Campana" italiano, y especialmente apropiado para pantalones militares, costaba ocho pesos, y si a eso se le cargaba el valor de los forros y botones y el tanto por ciento de obligatorio descuento, para el sostenimiento del taller en la Unidad, la prenda completa tenía un costo aproximado de diez pesos.

Y así, como poco a poco el Oficial completaba su equipo, primero, si se quiere, que las prendas de vestir, era obligatoria la compra de los Reglamentos.

En los primeros días de llegado el nuevo Subteniente al Regimiento, le permitían que estudiara con los que le prestaban sus compañeros, pero desde antes de terminar el primer mes, el Capitán le iba indicando: Para el fin de esta semana debe haber comprado por lo menos dos Reglamentos. Afortunadamente todos se conseguían en la Imprenta del Estado Mayor, y no había ninguno cuyo precio llegara al peso moneda corriente.

El Mayor Javier Tobar y Tobar, había reemplazado al Mayor Cogollos en el Comando del Segundo Grupo, y dicho Mayor, tenía la goma de hacer estudiar a los Oficiales. Organizaba Academias y Temas Extras dentro de su Grupo, pasaba revista de Reglamentos, y vivía pendiente de estar preguntando a los Oficiales, sobre temas o instrucciones militares.

El Subteniente Bayona, en su pobre mesita de estudio, en su pieza; estaba una noche embelesado leyendo la novela de "El Jorobado o Enrique de Lagardere", cuando de improviso, y en atención a que la puerta estaba abierta, llegó hasta él su Mayor Tobar. Qué estudia mi Teniente, preguntó amigablemente el Mayor? ... Bayona cerró disimuladamente la novela, a la vez que se ponía de pie, la metió cautelosamente debajo del brazo y contestó tranquilo: Estudiaba esgrima, mi Mayor...

Tobar, con la gentileza que lo caracterizaba, está muy bien, le dijo y al mismo tiempo le fué tomando lo que él creía que era un Reglamento de esgrima, para verlo. Tan pronto como vió que se trataba de una novela, no pudo disimular su contrariedad y severamente le dijo: No me choca que lea esta clase de novelas, lo que no puedo aceptar, es que usted me diga mentiras ... Yo no le he dicho mentiras contestó Bayona en posición firme, le he dicho que estudiaba esgrima y esa es la verdad, pues cuando mi Mayor entró, yo cabalmente estaba interesadísimo en la Estocada Secreta de Nevers, tan admirablemente relatada en el Capítulo que estaba estudiando en el momento de su entrada.

Tobar cambió como por encanto, y un poco más trabado que de costumbre dijo: Los jóvenes oficiales de ahora siempre ganan las paradas, ojalá en la guerra hagan lo mismo ... Le dió una palmadita en el hombro al Subteniente y se retiró sonriente...

### **Corolario:**

Los Capitanes y Jefes de entonces, eran para con los subalternos, algo así como padres, y vivían pendientes de que día a día aumentaran sus conocimientos.

## DOMINGO SE PUEDE TOMAR, PARA LUNES TRABAJAR

En la época del Regimiento "Bogotá", va a hacer cincuenta años, el tráfico en la Capital, era tan escaso que los Oficiales salíamos por la tarde, después del servicio a dar nuestro paseo a caballo, por las principales calles de la ciudad.

Nuestro cuartel situado en la parte occidental de la Plazuela de Ayacucho, era el punto de partida. De ahí salíamos, tomábamos toda la Carrera 8ª hasta llegar a la Calle 22 y subíamos por ella hasta la Carrera 7ª; por dicha Carrera, unas veces seguíamos hasta San Diego, otras nos devolvíamos por tal vía hasta la Calle Real, única que no permitía otro tráfico distinto al del tranvía; y por una u otra Calle continuábamos nuestro recorrido, para volver, ya oscureciendo al cuartel. Si ésto era en el Centro de Bogotá, las vías fuera del perímetro urbano, eran casi vacías.

Ante las pocas diversiones de aquella época, los Oficiales, algunas veces salíamos los Domingos a Caballo a sitios, en ese entonces lejanos de la ciudad, tales como Fontibón, Usaquén, Tunjuelo, lugares en donde había algunos restaurantes, más o menos decentes, en donde preparaban excelentes y baratos piquetes, y en donde se podía jugar un rato al colombianoísimo turmequé.

Un Domingo cualquiera, varios Oficiales, después del medio día, montamos y tomamos la vía de Tunjuelo. En el sitio en donde la carretera que hoy conduce a la Escuela de Artillería, recibe a la que va a Meissen, pasando por el antiguo puente

sobre el Río Tunjuelo, había un café llamado “El Santa Rosa”, en donde preparaban deliciosos platos.

El Domingo a que me refiero, llegamos a tal lugar, dejamos nuestros caballos en unas pesebreras que tenía el local, y mientras nos preparaban el consabido piquete, nos dedicamos a jugar al tejo.

Principiaba a oscurecer, el piquete aún no estaba y al Capitán Solano —cosa muy rara— se le habían subido los Brandy que como aperitivos nos estábamos tomando. De pronto mi Capitán me llamó, me llevó a donde estaban los caballos, le puso la brida al suyo, y me dijo, haga lo mismo. Yo le obedecí a Solano sin pronunciar palabras. Monte y sígame me ordenó, le dió un fustazo a su célebre caballo “CHACAL” y arrancó como un bólido por la carretera hacia Bogotá. Yo lo seguía algunos pasos atrás.

Ya íbamos llegando al Puente Restrepo, cuando nos cruzamos con un tranvía, que llamado el de la franja blanca, iba hasta un sitio muy de moda en ese entonces: Luna Park.

Ahí nos detuvimos y mi Capitán me dijo: espéreme ahí que ya vuelvo, y se internó por un potrero que colindaba con la carretera. Yo supuse que mi superior deseaba satisfacer alguna necesidad fisiológica, me desmonté para descansar un poco, y me puse a esperarlo.

Ya la oscuridad era completa y mi Capitán no aparecía. Afanado monté y me metí por donde él se había ido, atravesé potreros hacia un lado, hacia otro y no le encontré. Después de una hora de buscarlo sin éxito, resolví irme para mi cuartel en busca de un palafrenero, pues éstos conocían muy bien esos lugares, ya que las mulas del Regimiento, estaban a pastaje por esos lados, y yo pensé que con la ayuda de tal empleado me sería más fácil encontrar a mi Capitán.

A todo galope llegué al cuartel, entré por la puerta del Retén, le dí mi caballo a un soldado y pasé al cuerpo de guardia; ahí me informaron de que mi Capitán hacía rato había llegado, pero sin caballo, que había contado que él había viajado en el tranvía de la franja blanca, que nada sabía de CHACAL y que se había ido rápido a su pieza a descansar.

Como a las seis de la mañana del lunes teníamos Academia de Tiro y el profesor era Solano, puse mi despertador a las cuatro y me acosté. Cuando me despertó la campana del reloj, me dediqué a estudiar, pues maliciaba que podía ser el interrogado.

Estaba aclarando cuando sentí que las mulas hacían su entrada al patio de los corrales de ganado. Bajé a él, y cual no sería mi sorpresa, al ver entre las mulada a CHACAL, completamente aperado, y sin que la montura, ni las riendas, ni el pretal, tuvieran el más leve daño.

A las seis entré al salón de Academia, y tal como lo había previsto, el profesor, no me dejó siquiera tomar asiento; derecho me pasó al tablero, y me puso a resolver una serie de problemas de tiro, afortunadamente los mismos que acababa de estudiar.

Cuando terminó la clase mi profesor me llamó y me dijo: Lo felicito, así debe ser TOMAR EL DOMINGO Y ESTUDIAR Y TRABAJAR EL LUNES ... Y ahora cuénteme una cosa? Usted ha sabido algo de CHACAL?

Está en el patio con todo y apero y ojalá en otra ocasión, ni a él ni a mí nos deje abandonados. Ambos nos reímos y ambos salimos para el Casino a tomarnos un tinto.

### **Corolario:**

Fuera del servicio, nuestros superiores eran muy buenos amigos, tomaban con uno, se chanceaban, jugaban a las cartas o al billar en el Casino; pero a la hora del servicio eran exigentes y mucho más cuando sabían que habíamos estado disipados.

## NUEVAS UNIDADES

En septiembre de 1926, el Regimiento de Artillería "Bogotá N° 1", al morir como Regimiento, dió vida a dos Grupos.

Efectivamente, un Decreto de ese mes, dispuso que el Regimiento desapareciera como tal, que su primer Grupo quedara constituido como "GRUPO BOGOTA" y que su segundo, se trasladara a la ciudad de Buga, como "GRUPO PALACE".

El Coronel Duarte, Comandante del Regimiento hizo entrega de la mitad de su Unidad, al señor Mayor Francisco Guinard, quien había sido nombrado Comandante del Bogotá, y en la mañana del 3 de noviembre de ese mismo año, en una mañana lluviosa, como la mayor parte de las de noviembre, los ocho cañones Maxin, los dos Krupp, a lomo de las mejores mulitas y bajo las órdenes del Coronel Duarte partieron rumbo a la Ciudad Señora. En Buga el Coronel entregó la otra mitad de su Unidad al señor Teniente Coronel Rubén Combariza, quien había sido nombrado Comandante del Palacé.

**Partieron con el Coronel, y formaron la Planta de Oficiales los siguientes:**

Capitán: Carlos A. Quijano Villamizar

Capitán: José Antonio Cortés

Teniente: Augusto Borrero

Teniente: Gonzalo Fajardo P.

Subteniente Leopoldo Uribe

Subteniente: Anibal Galindo

**El Grupo Bogotá, quedó constituido así:**

Mayor: Francisco Guinard, Comandante del Grupo

Capitán: José Luis Rodríguez, Encargado Oficial de Detal

Capitán: Julio Osorio Gutiérrez, Comandante. 1ª Batería

Teniente: Rafael Rodríguez B., Comandante 2ª Batería

Subteniente: Ricardo Bayona, Ayudante del Comando y Oficial subalterno de ambas Baterías.



## EL "GRUPO BOGOTÁ"

Con la escasa dotación de Oficiales, con los servicios especiales, con la Guardia de Palacio, fué muy triste, muy dura y muy poco instructiva, la primera época del Nuevo "Grupo Bogotá".

El Teniente Rafael Rodríguez, con su Batería, tenía que prestar la Guardia de Palacio, día de por medio, alternando con el Batallón "Sucre" de Infantería; y en cuanto al oficialato de servicio de la Unidad, el Capitán Osorio le entregaba el puesto al Subteniente Bayona, para recibirlo veinticuatro horas después del mismo Subteniente, y volvérselo a entregar a las otras veinticuatro.

Esta dura situación, duró más o menos dos meses, al cabo de los cuales, se mejoró un tanto; pues fueron destinados al Grupo, el Teniente Alfonso Collazos y el Subteniente Francisco A. Pinto. El primero en otra ocasión había estado en un Regimiento de Artillería; y el segundo venía del Regimiento de "Ferrocarrileros Mejía". Con esa pequeña inyección de Oficiales, ya el servicio y Guardia no se prestaba cada veinticuatro horas, sino cada cuarenta y ocho horas.

Poco, por no decir nada, se hacía en la Unidad; cuando la llegada a Colombia, a principios de 1927, de una parte de los Oficiales que estaban en comisión de estudios en Chile, vino a darle vida al Grupo.

En efecto, el 18 de abril tomaba el mando del "Bogotá" el Mayor, educado en la República de Chile, y recientemente llegado a Bogotá, Miguel J. Neira. Pocos días después se completaba la planta de Oficiales del Grupo con la llegada a él del Mayor José Delfín Torres Durán, del Teniente Luis E. Gaitán y de los Subtenientes Hernando Mora Angueyra, Ernesto Gómez Gómez y Félix A. Quiñones. Prácticamente en ese entonces, nació el nuevo Grupo de Artillería Bogotá.

Todo lo que se diga de la capacidad de trabajo del Mayor Miguel J. Neira, es poco.

Antes del toque de diana, estaba con todos los Oficiales, pasando las primeras revistas; en todas las informaciones, en todos los servicios se hacían presentes, y exigía que cada uno de los Oficiales, estuviera enterado de todo lo que pasaba o no pasaba en la Unidad.

Citaba a los Oficiales a una hora, y los llevaba por Ejemplo al Rancho, y allí había un examen. Todos debían conocer el valor de los víveres, los descuentos que se hacían por pan y leche. Otro día nos llevaba al Almacén de Armamento y aspiraba a que todos debíamos saber el número y clase de cartuchos que tenía la Unidad. En el almacén General nos reunía en otra ocasión para interrogarnos sobre cuál era la verdadera realidad del vestuario o del equipo, y cuando habían suministrado la última dotación de calzoncillos o de cotizas; y si la visita era a la enfermería, deberíamos conocer la enfermedad de cada uno de los enfermos y su tratamiento.

Las Academias de Oficiales, se hicieron intensivas, pues él, con los Oficiales que acababan de llegar de Chile, Capitán Mutis y Teniente Tamayo y Márquez, se encargaron de las instrucciones académicas de los Oficiales.

Trabajamos día y parte de la noche, pero lo hacíamos con gusto y todos estábamos muy contentos.

Narremos algunas anécdotas de entonces:

## FUNDA DE BOCA

En esa época, para evitar que al cañón le entrara polvo o cualquier clase de basura, se mantenía siempre con su funda de boca, que era un tapón de cuero especial, asegurado al tubo con una correa; pero para el carguío, para las punterías y para otros usos, era necesario quitar la funda, de tal suerte que durante la instrucción era muy común la frase, **Quito la funda de boca**, para indicar que el cañón o tubo tenía la punta libre.

Una mañana llegó al Casino, en momentos en que los Oficiales nos estábamos tomando un tinto, el farmacéutico del Grupo, señor Ernesto Bonilla y nos contó, que en la enfermería, el Médico de la Unidad doctor José Gregorio Franco, acababa

de hacer una buena operación quirúrgica; pues le había hecho a un soldado lo mismo que le hicieron al Niño Dios, a los ocho días de nacido, y que la Iglesia lo conmemora como fiesta de guarda el día 1º de enero.

Coincidentalmente esa tarde nos llevó el Mayor Neira a la Enfermería, para una visita a los enfermos. De pronto se dirigió al Subteniente Mora y le preguntó: Mi Teniente qué tiene ese Soldado? Y le mostró uno que estaba casi tapado por las sábanas. Mora se acercó al catre, suavemente le levantó el cubrelecho, le miró la cara, y en posición firme le contestó al Mayor: Mi Comandante a este soldado le quitaron la funda de boca.

Risa contenida de todos, salida lenta de la enfermería, citación para la Academia, y rectificación del Farmacéuta y Prácticamente al oído del Subteniente Mora, pues el de la operación había sido otro.

#### **Corolario:**

En más de una ocasión, tal como lo dice el refrán, al mejor panadero se le quema el pan; y muchas veces los que creemos que nadie nos engaña, no solamente somos engañados, sino que después se ríen de nuestros engaños.

## YA ESTA CASTIGADO

En esa época, aún no había salido la drástica disposición que prohibía el matrimonio de los Oficiales Subalternos, pero sí existía una, mediante la cual, todo Oficial que quisiera casarse, debería informar al Ministerio con la debida anticipación y solicitar el permiso respectivo.

El Grupo Bogotá, dependía de la Primera Brigada, cuyo Comandante era el General Manuel Castro y el Jefe de Estado Mayor de la misma el General Nicanor Gómez.

Un buen día, el Ayudante del Grupo, citó a todos los Oficiales, a una reunión extraordinaria en el Salón de Academias.

Minutos antes de la hora indicada, todos los Oficiales, a excepción de los Jefes (Comandante y Oficial de Detall), nos encontrábamos reunidos en el lugar de la cita, y comentábamos sobre cual sería el objeto de la reunión y hacíamos una serie de suposiciones, pues por lo general, estas citaciones extraordinarias, no tenían nada de bueno para los Subalternos; pues cuando no eran llamadas de atención, eran servicios especiales o acuartelamientos por ciertas o falsas alarmas.

A la hora exacta hicieron su entrada al local los Jefes. Todos los Oficiales permanecían en posición firmes, mientras el Capitán más antiguo daba parte. El Mayor estaba más serio que de costumbre, recibió cuenta, y autorizó para que todos tomáramos asiento. El silencio era tal, que se oía el ruido de una mosca volando. Después de algunos minutos que parecían siglos, el Mayor Neira, con su dejo chileno dijo:

He recibido orden del Comandante de la Brigada y especialmente de su Jefe de Estado Mayor, de imponer a un Oficial, el castigo más severo que esté dentro de mis atribuciones como Comandante del Grupo. Se trata de que un señor Oficial, no cumplió la orden de informar al Comando sobre su cambio de estado.

Hizo una pausa, mientras todos nos mirábamos unos a otros, como tratando de descubrir al desobediente.

En seguida se puso de pie y dijo: Subteniente Gómez. Este se levantó como impulsado por un resorte y quedó en posición firme. Subteniente Gómez, volvió a repetir el Mayor Neira, a usted le pregunto: Es verdad que usted contrajo matrimonio?

Si mi Mayor, si contraje, contestó Gómez sin inmutarse.

Como le digo, mi Teniente, he recibido orden de castigarlo lo más severamente, pero, como usted se casó, usted mismo se ha castigado y de acuerdo con el Reglamento, no se pueden poner dos castigos por una misma falta...

Unos segundos de silencio ... Muchas gracias señores Oficiales, dijo el Mayor ... Muchas gracias! Pueden retirarse...

### **Corolario:**

Al dirigirnos hacia el Casino, para tomarnos un tinto después de lo acaecido, el Subteniente Gómez comentaba: Mi padre, el General Gómez, se ha casado tres veces, y en las dos últimas no le ha pedido permiso a los hijos. Por eso yo no pedí permiso a la Brigada, pero en cambio como padre, sí le notifiqué de mi matrimonio.

## SALTO DE LA CHILENITA

A su regreso a Colombia, el Mayor Neira trajo de Chile, una yegua percherona, cuya historia es la siguiente:

Dos años antes de su regreso al país, el entonces Capitán Miguel J. Neira, prestaba sus servicios como Comandante de Batería, en un Regimiento de Artillería de la República de Chile.

Una mañana, en que su Unidad partía para maniobras, en el momento de salir, el caballo de Neira dió un mal paso, y se partió una pata.

El Capitán, rápidamente pasó a las pesebreras en busca de un reemplazo; pero, aun cuando parezca mentira, todo el ganado había sido movilizadado para las maniobras, y en los corrales no había ni un animal.

Estaba desesperado por el percance, cuando llegó al cuartel, la carreta de la basura, tirada por una yegua negra y de raza percherona.

No habiendo otro animal, ordenó al conductor quitarle los arreos de tiro a la yegua, la ensilló con su montura, montó y salió lo más ligero que pudo en busca de su tropa.

A medida que las tropas avanzaban hacia el lugar de la maniobra, el Capitán fué notando que la yegua no era tan pesada como parecía.

Ya en el terreno, encontró una pequeña zanja, y cual no sería su sorpresa, al darse cuenta que su cabalgadura, la saltó sin mucho trabajo. Con gran precaución, y hasta con miedo, la impulsó para pasar una pequeña talanquera, y la yegua la saltó con relativa facilidad.

Durante las maniobras se encariño muchísimo con su percherona, y pudo apreciar, que tenía muy buenas aptitudes para el salto.

Al regreso de las maniobras, y a pesar de las burlas de sus compañeros, resolvió comprar la yegüita.

Dueño de ella, se propuso enseñarla y prepararla para el salto. Meses después, la percherona negra, con el nombre de "LA CHILENITA" se coronaba campeona Suramericana de salto alto.

Dos veces en la semana, el Mayor Neira llevaba a los Oficiales al picadero para darles clase de equitación. La mayor parte de las veces, el asistente conducía su yegua al picadero, y bajo la dirección de su dueño, la hacía trotar en la cuerda y efectuar saltos de la misma manera.

Un día, antes de terminar la clase, y después de que los Oficiales habían estado haciendo saltos a la altura de un metro; hizo entrar la yegua al picadero, ordenó al palafrenero subir la vara de salto a un metro y medio y dijo: Teniente Bayona, monte LA CHILENITA y salte. Bayona, viendo que la vara estaba casi a la altura de la valla del picadero, no pudo disimular su miedo; pero como era orden, pálido como un muerto, se fué montando en la yegua. Miró hacia donde estaban sus compañeros y todos estaban riéndose de ver el atortole del Teniente, especialmente el Capitán Osorio, que no sólo se reía, sino que malintencionadamente se frotaba las manos.

El Teniente dió una pequeña vuelta en el medio picadero, e impulsó la yegua para el salto. LA CHILENITA era una verdadera maestra, salvó el obstáculo con gran facilidad, comunicándole a su jinete, paz y tranquilidad.

Súbale diez y repita el salto, ordenó el Mayor. Bayona ya la impulsó, si no con gusto por lo menos sin miedo, siendo el salto mejor que el anterior. Gracias Mi Teniente, dijo Neira. Palafrenero, súbale otros diez. Capitán Osorio, tome la yegua y salte. El nombrado me miró y entonces fuí yo, quien se río y se frotó las manos. El Capitán cumplió la orden de montar, pero por dos veces, antes que la yegua tomara el salto se dejó caer. Neira, sin decir nada, tomó su yegua, montó y por dos veces salvó el obstáculo en forma impecable.

### **Corolario:**

No te burles de tus compañeros, pues puede que el burlado seas tú.

## GRUPO PALACE — “BATERIA PALACE”

El Grupo “Palacé”, organizado en noviembre de 1926, y con el personal que dejamos indicado en otro Capítulo, y de guarnición en la ciudad de Buga, por asunto económico se convirtió en Batería en la década del año 30.

En 1932, al estallar el conflicto con el Perú, Comandaba la Batería “Palacé” el señor Capitán Francisco A. Pinto, y tenía como subalterno al señor Teniente Leopoldo Uribe.

En noviembre de dicho año, el Capitán Pinto, con todo el personal de su Batería, y el Teniente Uribe, como Oficial de la misma, y con un grupo de jóvenes voluntarios bugueños, marcharon para la Costa Atlántica, a fin de incorporarse en el destacamento que debía ir a reconquistar a Leticia.

El Capitán Bayona, prestaba en esos días sus servicios como Comandante de una Unidad de Orden Público, en la Provincia de García Rovira; y de ahí fué trasladado en el término de la distancia al Comando de la Batería “Palacé”. Al llegar a la Ciudad Señora, el nuevo Comandante, todo el personal de la Unidad estaba compuesto por el Subteniente Ricardo Carrizosa, el médico doctor Eduardo Pinzón Neira, el Contador señor Efraín Negret, el Veterinario doctor Joaquín Castañeda, el Cabo Hoyos y el Soldado Martínez; estos dos últimos, por encontrarse hospitalizados el día en que la Batería salió para la Costa, permanecieron en su Guarnición.

El contraste que experimentó el Capitán Bayona, fué algo increíble. En García Rovira la situación de Orden Público era terrible, para evitar encuentros entre elementos de partidos distintos, el Ejército tenía que estar permanentemente a la expectativa, los muertos y los incendios eran el pan de cada día; y sobre todo el cuidado tan grande que había que tener con el armamento y con la munición, para evitar que un cartucho perdido, fuera el causante de una nueva muerte. A los civiles des-



graciamamente, tenía una que tenerles cuidado y desconfianza, mucha desconfianza... En cambio en Buga en los almacenes de armamento de la Batería, estaba todo el material de la misma, sus cañones, la munición de los mismos, las carabinas correspondientes a la dotación del Grupo; y muy buena cantidad de munición de armamento menor, y como la Batería no tenía personal; de día se turnaban la vigilancia el Comandante, el Subteniente, el Médico, el Contador y el Veterinario, y de noche lo principal de los señores de Buga se encargaban de la custodia y guarda de los elementos, del armamento y de la munición. Sin distingos de ideas políticas, a las seis de la tarde llegaban al cuartel, un buen número de bugueños, a la cabeza de los cuales estaban Alejandro Cabal Pombo, Bernardino Cabal Molina, Jorge Rivera, Daniel Rivera Sanclemente, Isaías Saavedra, los Vergara, y muchos otros todos se sorteaban los doce de las doce horas nocturnas y se distribuían éstas entre ellos. Cumplidamente, estos distinguidos patriotas, prestaron voluntariamente el servicio nocturno, durante un buen período de tiempo. Claro, que de noche el Capitán, el Subteniente, el Médico, el Contador, se turnaban en un control de vigilancia, y estaban siempre alerta para lo que pudiera ocurrir.

Pocos días después, fueron llamadas reservas, y la Batería completó su personal. De igual manera destinaron en comisión a la misma al Teniente **Alvaro González Quintana**, a quien llamaron al servicio.

Ahora, después de más de cuarenta años, siento emoción de colombiano, de militar y de patriota; cuando recuerdo que, lo que el Estado me entregó como Comandante de una Unidad destacada, fué cuidado con abnegación y con eficacia, por un grupo de bugueños, para quienes siempre conservaré mi emocionado recuerdo. Además, quiero rendir como Artillero, un homenaje a la Ciudad Señora, no solamente por lo hospitalaria que fué para conmigo en las tres veces que en ella estuve de guarnición, sino porque una gran mayoría de Oficiales de Artillería, han escogido las más bellas flores del Jardín de Buga, para formar con ella sus hogares...

## QUE VAYA EFRAIN

Cuando estalló el conflicto con el Perú, hubo necesidad de movilizar las Unidades. Sin excepción, todos los colombianos ofrecieron sus servicios, y muchos de ellos dejaron comodidades y puestos mejor remunerados, para prestar servicios en dependencias militares.

Un distinguido caballero bogotano, muy honorable, muy patriota, pero dotado de una sencillez que se pasaba de sencilla; fué nombrado Contador de la Batería, en reemplazo de Efraín Negret, que por ser uno de los más hábiles contadores, lo destinaron a las Guarniciones del Sur.

Los Oficiales de la Batería, que tuvieron que intervenir en la entrega de la Contaduría, desde el primer momento se dieron cuenta, de que el nuevo Contador, era algo más que sencillo; decían ellos, que como sería de poco capaz y de bonachón que para contar monedas de cincuenta, se humedecía con la lengua las yemas de los dedos, y para completar le pusieron el apodo de **Tontolín**, apodo que prácticamente, vino a reemplazar su verdadero nombre.

Ya Tontolín había firmado el Acta de Entrega y por lo tanto era el verdadero Contador de la Batería; cuando una noche, a eso de las diez, el Capitán Bayona fué llamado por teléfono por el señor Comandante de la Brigada, General Valderrama, y recibió orden de enviar cuanto antes una comisión de tropa a la cercana ciudad de Tuluá.

Rápidamente, se hicieron todos los preparativos que el caso requería, y tan sólo se esperaba que llegara el vehículo, para que saliera la tropa.

El Comandante de la Batería, los dos Oficiales, el Médico, y ex-Contador y el Veterinario, estaban en el comedor tomándose un tinto, cuando alguno hizo caer en la cuenta, que faltaba Tontolín.

El Teniente González Quintana, con esa chispa, y ese genio alegre que lo caracterizaba, envió inmediatamente a un empleado del Casino a buscar al Contador.

Un rato después, llegó Tontolín, medio dormido todavía, y muy asustado de ver el natural movimiento de soldados; y en tono medio suplicante preguntó para qué había sido llamado a esa reunión.

El Teniente González, tomó la iniciativa y la palabra, y antes de que cualquier otro dijera algo, contestó: Los peruanos están bombardeando a Buenaventura, y la Batería debe salir ahora mismo, con el fin de defender el Puerto.

Todos para Buenaventura? Preguntó el nuevo Contador... Si, todos respondió González... Y yo también...? Preguntó nuevamente Tontolín... Claro, dijo González, tu eres el primero que se debe embarcar, no ves que tu eres el hombre de la plata... Un suspiro triste y prolongado salió del pecho de Tontolín, al mismo tiempo decía: ... Bombas, Bombardeos... No... No **Que vaya Efraín...**

## LA BATERIA DE COSTA DE BUENAVENTURA

En Enero de 1933, el Capitán Bayona recibió la Orden de revisar en Cali, entre un número aproximado de ocho cañones de barco, que en los cuarteles del Batallón Pichincha figuraban como de adorno y museo; y seleccionar los que pudieran servir y tuvieran munición, para llevarlos a Buenaventura. En esta comisión estaba asesorado por el Coronel Carlos J. Villar, y por el Capitán Hans Berwig, quienes acababan de arribar a la Capital del Valle, en viaje hacia el Puerto del Pacífico, acompañados por el Comandante de la Batería "Palacé" y por diez Suboficiales y veinte soldados de la misma Unidad.

Cumplida la comisión en Cali, llegamos una noche a Buenaventura el Coronel Villar, el Capitán Berwig, el Capitán Bayona, diez Suboficiales y veinte soldados, con dos cañones de barco, calibre 75 milímetros, que entre todos los existentes en Cali logramos acondicionar, y con ciento cincuenta cartuchos, que parecían servibles.

Desde esa misma noche principiamos a trabajar.

Estaba como administrador de Aduanas don Francisco Uribe, gran señor, honorable persona, y de una capacidad de trabajo asombrosa. Además, como todo en el Puerto giraba alrededor de la Aduana, don Pachito era el encargado de solucionar los mil y más problemas que a diario se presentaban. El primero fué el de dar alojamiento al personal de tropa que llegó de la Palacé, el cual fué acomodado en la Bodega N<sup>o</sup> Uno.

Unos días antes, habían sido descargados en Buenaventura una pareja de cañones, que procedían de un semi-hundido barco ruso, y comprados a esa nación. Al adquirirlos, entregaron los dos tubos, y un número indeterminado de accesorios de los mismos, tales como soportes, alzas, anteojos y círculos de puntería, etc. etc. . . . Con los cañones llegó un ruso de apellido Malevicht, técnico de gran preparación, muy sencillo que había

sido contratado para armar, montar y dejar listos para ser empleados los dos cañones.

Al día siguiente de nuestra llegada, desembarcó en el Puerto, procedente de Quibdó, y en viaje para Bogotá, el Teniente de Artillería en retiro e Ingeniero Civil Luis Valencia Lozano, quien había sido llamado al servicio activo. El Coronel Villar, habló con Bogotá, y consiguió que el Teniente Valencia quedara en Comisión en la Batería en Buenaventura, en donde aprovecharíamos sus conocimientos de artillero e ingeniero.

Los Suboficiales, asesorados por Malevicht, se dedicaron desde esa mañana, a tratar de quitarles, a punta de cuchillo y esmeril, el óxido a los cañones.

Con motivo de la toma de Tarapacá, el 14 de Febrero, por parte de las tropas colombianas, se resolvió, no solamente por lo que pudiera ocurrir, sino más que todo, como medidas psicológicas, para apaciguar en parte el nerviosismo de los que veían a los peruanos ya instalados en el Hotel Estación; tomar una serie de precauciones.

El Capitán Bayona se trasladó inmediatamente a Buga, alistó todo el personal y material de la Batería y con sus cañones Krupp y Maxin partió para Buenaventura.

En las dos puntas de La Bocana el Teniente Valencia emplazó sobre pilotes las dos piezas llevadas de Cali; en la de Bazan a órdenes del Teniente Carrizosa quedaron los cañones Krupp y en Punta-Soldado, a órdenes del Teniente González Quintana, quedaron los cañones Maxin; es decir, la entrada a la Bahía, si no quedaba fortificada, por lo menos quedaba vigilada.

A todas estas, bajo la dirección del Coronel Villar y del ya Mayor Berwig, continuaba la tarea de fortificar, el "Cerro de Coloradas" sitio escogido para la instalación de la Batería de cañones rusos.

Todo cuanto se diga de los inconvenientes para los trabajos militares, es poco. Sin una embarcación propia, atendidos a la buena voluntad de don Pachito y del Capitán del Puerto, Nicolasito Pereira; sin agua dulce en Punta Soldado, esperando las lluvias, para recoger en canecas y con el deseo de algunos,

triste es decirlo, de sacarle tajada a la situación, les tocó al Coronel Villar, al Capitán Berwig, a los Tenientes González, Valencia, Carrizosa, y al Subteniente Restrepo, este último a quien llamaban **Restrepof** y que posteriormente pasó a la Marina y se hizo Oficial Naval, trabajar en forma eficientísima. Para todos ellos debemos eterna gratitud, y especialmente para el Coronel Villar, Comandante de la Guarnición, a quien como tal le tocó enfrentarse a grandes problemas y tratar de poner de acuerdo a los Directores de las obras, conjunto que nosotros llamábamos **La Torre de Babel**, pues lo formaban: Un ruso Malevitch, un alemán Berwig, un semi-inglés Alfredo, un francés, un italiano Lignerolo y tres colombianos. Y Malevitch era el único que podía dialogar con todos, pues dominaba todos esos idiomas.

El personal de la Batería "Palacé", formó pues lo que se llamó la Batería de Costa "San Mateo", cuyo primer Comandante fué el Capitán Bayona, y cuyo nombre le fue cambiado, cuando en el Ministerio diéronse cuenta, de que uno de los nuevos Grupos de Artillería, fundados entonces, tenía el mismo nombre, y para subsanar el error, la denominaron **Batería de Costa Tenerife**.

Al Capitán Bayona le tocó pues, organizar todo lo relacionado con la Batería de Costa Buenaventura. Sin elementos, la mayor parte a base de buena voluntad.

En septiembre, cuando la Batería tenía lancha propia, elementos, embarcaciones menores, Contador, partidas presupuestales ya fijadas, etc. etc., fui trasladado y entregué la Batería al señor Capitán Gustavo Rojas Pinilla.

Contemos ahora, algunas anécdotas de la época.

## QUE TAL SI ME VOY

En Mayo de 1933, se presentó la pausa de hostilidades entre Colombia y el Perú; y con ella una desmovilización de tropas, casi general, y una tranquilidad para los que, como **Tontolín**, tenían un miedo, que por más esfuerzos que hacía no podía ocultar.

Aprovechando la paz, Tontolín resolvió pasar unos días a la orilla del mar. Ya no temía a los bombarderos, ya los peruanos no asaltarían nuestras costas; en cambio en la guarnición de Buenaventura, era necesario cancelar algunas cuentas pendientes, era urgente pagar al personal, y tenía que confrontar personalmente una serie de recibos y poner al día las listas de revista. Sin pensarlo dos veces, y acompañado por su señora madre y por su distinguida esposa, tomó el tren en Buga en las primeras horas de la mañana de un domingo, para llegar ya anocheciendo al Puerto de Buenaventura ese mismo día.

Una tarde me pidió el favor de que le consiguiera una lancha, para que la madre y la señora salieran de paseo a La Bocana.

Conseguida la lancha de la Capitanía, con el Capitán de Puerto Nicolás Pereira, la madre y la señora de Tontolín, acompañadas de unas amigas, salieron felices para disfrutar de una hermosa tarde del Pacífico.

Cerca de las siete de la noche, me encontré con el Contador, y al preguntarle como les había ido a las del paseo, me contestó que todavía no habían llegado. Como pasaran casi dos horas más y no regresaban, le manifesté a Tontolín que me estaba preocupando la demora. Este bastante nervioso preguntó ¿Hay algún peligro...? Uno de los Oficiales que me acompañaba contestó rápido: Claro lo más probable es que hayan naufragado... El Contador, sin medir el alcance de sus palabras replicó: Ala, que tal si yo voy con ellas...

**Parece que este episodio no tiene Corolario.**

## FURUNCULO Y QUINOFORMO

Era médico de la Guarnición de Buenaventura el doctor Sabino Guevara. Corpulento, grandote, muy franco, sin complicaciones; nunca se ponía saco, y no le tenía miedo a salir a cualquier hora del día o de la noche a Bazan o a Punta-Soldado a atender enfermos. Muy buen trabajador, y a pesar de ser serio y hasta brusco con los soldados éstos lo querían mucho.

En ese entonces no existían ningunas de las drogas tan eficaces como las de hoy, y el médico tenía que solucionar sus problemas sanitarios, con fórmulas preparadas en la Botica, y con las escasas que en ese entonces mandaba la recién organizada Sanidad Militar; además tenían primacía para el envío, todas las Guarniciones del Sur. Guevara tenía pues, que curar a base de yodo, de aspirinas y de las dolorosas inyecciones de Quinoformo.

Un buen día, al Teniente González Quintana le apareció un forúnculo en la nuca. Limón Soasado, compresas de agua caliente y todo lo que se hacía para que se madurara pronto. Dos días sufrió González las molestias del doloroso nacido, hasta que al tercero, el doctor Guevara diagnosticó, que ya estaba para ser reventado.

El Teniente se quitó la blusa y la camiseta, y el doctor desinfectó con agua oxigenada el chicghaguy. Con un bisturí bien hervido picó la parte que parecía más madura. Abundante materia salió, y el galeno la iba limpiando con un algodón. Luego tomó dos pedazos de gasa, los colocó a los lados del sitio de la punción, y principió a apretar y más apretar. El Teniente que hasta entonces había dado unos pocos quejidos, no se pudo contener y dió verdaderos alaridos... Guevara hizo el último esfuerzo, apretó aún más duro, y con ademán de triunfo terminó su trabajo a la vez que exclamó mirando



la gasa: **Salió la madre...** González, ya un poco más aliviado le dijo: **pero sería la del Furúnculo, pues la tuya hacía rato que había salido...**

Al doctor Guevara lo reemplazó un joven y distinguido galeno, hijo de un General de la República: El Doctor Luis Laverde Mercado.

No hacía una semana que Laverde ejercía las funciones de médico de la Batería, cuando un buen número de personal, especialmente Suboficiales, salió en relación a reclamar contra el médico.

Ese doctor no sirve, todo es a base de agüitas. No nos pone ni una inyección, decían algunos... Otro más agresivo reclamaba así: Yo me voy a morir del paludismo que tengo... Ayer la fiebre me subió hasta el fin del termómetro... En manos de ese doctor nos vamos a morir... En cambio el doctor Guevara en tres días curó al Cabo Hoyos con unas inyecciones...

Pasada la relación, llamé el Médico a quien profesaba gran estimación, no solo porque conocía sus éxitos en la Facultad, y el respeto que le tenían como galeno sus compañeros, sino porque con él me unía desde años atrás una gran amistad.

Muy diplomáticamente le traté lo relacionado con los reclamos, y él me demostró que al Sargento del Paludismo, le estaba suministrando una dosis de quinina mucho mayor que la que contenía una inyección de quinoformo; pues a él le parecía anti-humano suministrarle al paciente quinoformo, es decir quinina, en una forma tan dolorosa y molesta, pudiéndosela dar sin molestias por la vía oral.

Dos días después de la relación volvieron a presentarse iguales reclamos, especialmente de los afectados de paludismo, y que para colmo de males, en ese entonces se había recrudecido tal epidemia.

Terminé rápidamente la Relación y llamé al médico. Mira le dije: Déjate de tratar Soldados como a señoras Bogotanas, tu no conoces la idiosincrasia de esta gente, y más lo que en ellos obra la sugestión, yo llevo 10 años de conocerlos y te voy a dar un Consejo Orden: No más quinina tomada, aplícales la quinina en inyecciones desde esta misma tarde, y cuando formules purgantes, dáles purgantes fuertes y no laxantes, nuestros soldados desgraciadamente necesitan sentir para sanar...

### **Corolario:**

Como pasara una semana, sin que a la hora de Relación saliera alguno a reclamar contra el médico, fuí yo entonces quien pregunté a uno de los que días antes había reclamado con mayor énfasis: Como sigue usted Cabo Vélez?:

Me duele todavía la pierna de las inyecciones, y el Lunes casi me licúo con el purgante que me dió el doctor, pero gracias a eso, ahora sí me siento ya bien, y con un apetito que me comiera hasta los tiburones de la Bahía...

## DISPEPSIA

Los señores Teniente Ricardo Carrizosa P. y Alvaro González Q., especialmente este último desarrollaron una gran labor, en cada uno de los puestos destacados en la Boca de la Bahía de Buenaventura.

González, con guadua que la enviaba yo cada vez que era posible, edificó casetas, construyó alojamientos de emergencia para el personal, puso puestos de observación en lugares estratégicos, mantenía una vigilancia sobre el Océano tan permanente, que una noche al descubrir sobre las olas una especie de luz, no tuvo inconveniente en disparar sus cañones sobre ella. Un chusco decía después:

Y cuando vea que un cañón  
a nadie le causa males  
pensará sin dilación  
que lo disparó González...

De todas maneras, esos disparos sirvieron para demostrar que la vigilancia era efectiva.

Para mediados de Agosto de 1933 el Señor Ministro de Guerra, Capitán Carlos Uribe Gaviria, resolvió, aprovechando que acababan de llegar los Trimotores Junkers, pasar una revista en Cali y Buenaventura.

El día 15, aprovechando el puente, llegó al Puerto el señor Ministro, con parte de su numerosa comitiva. Como era apenas natural, salimos a visitar los puestos de Bazan y Punta-Soldado. En este último, recibió parte de su Comandante Señor Teniente González, quien llevaba en él casi medio año. La tarde era preciosa, el mar mostraba las espumas de sus olas reflejadas por el sol. Los Cocoteros sobresalían sobre los Manglares. El Paisaje era verdaderamente maravilloso.

El Capitán Uribe, después de enterarse de todos y cada uno de los detalles del Puesto, y de prometer (como lo hacen todos los ilustres visitantes), muchas cosas tanto para el personal como para el alojamiento, equipo y vestuario, no pudo contener la emoción ante la belleza del paisaje y dirigiéndose al Teniente González le dijo:

Esto es maravilloso Mi Teniente, que paisaje... Si yo pudiera trasladar aquí mi escritorio de Ministro, qué de cosas no haría... Pues repito, qué belleza de paisaje... Qué maravilla. Usted no sabe lo que tiene aquí Mi Teniente... Qué paisaje...

González Quintana con esa chispa e ironía que lo caracterizaba le contestó: Yo sí se lo que tengo señor Misistro: **Tengo Dispepsia de bellos paisajes...**

## UN PESCADOR VALE MAS QUE TODO ESTO

Terminadas las obras de fortificación de **Coloradas**, y los cañones colocados en sus emplazamientos, el señor Malevitch tenía que entregar sus piezas de artillería en condiciones de poder prestar el servicio, para el cual estaban destinadas.

El Ministerio de Guerra, nombró al señor General Manuel J. Balcázar, Inspector General del Ejército, para que recibiera las obras e hiciera funcionar el material de la nueva Batería de Costa.

Una tarde llegaron a **Coloradas** el Inspector General, sus ayudantes, el Ingeniero Malevitch, el **Capitán Bayona** Comandante de la Batería y los sirvientes de las piezas y municiones. El primer cañón fue cargado con carga mínima, se le introdujo el proyectil; todos nos colocamos a prudente distancia, y con un largo tira-fuego el ruso disparó. Como con el primer disparo sólo se deseaba ver, si el emplazamiento del cañón cedía o no, no fué mucha la atención que le pusimos al proyectil que cayó al mar, ya que toda nuestra atención se dirigía a la pieza, la revisamos minuciosamente, lo mismo que su emplazamiento, y todo estaba perfecto. Pasamos a la segunda pieza e hicimos lo mismo que con la primera, sólo que en esta vez quien disparó fué el Capitán Comandante de la Batería. Pasamos la minuciosa revista, se constató, que todo estaba bien.

De ahí en adelante, las pruebas siguieron combinadas, es decir, ya se buscó un objetivo, se midió la distancia con el telémetro y sobre él se hicieron dos disparos con cada pieza aumentando la carga de proyección; se hicieron cálculos laterales para ver como funcionaban los aparatos de tiro, y se siguió disparando aumentando en cada uno la carga y pasando minuciosa revista a las instalaciones de las piezas después de cada disparo.

En un momento dado, vimos a gran distancia una canoa con una pequeña vela blanca avanzando a favor del viento cerca de la línea de la costa, y por lo tanto fuera de la zona de tiro, sin que ofreciera por lo mismo ningún peligro.

El General Balcázar, la localizó con sus anteojos y preguntó, qué es eso...? De qué se trata...? casi en coro todos respondimos es un pescador de los muchos que recorren la entrada a la Bahía, pero ahí, Mi General, dijo el Teniente, no ofrece ningún peligro.

El General, sin dejar de observar por el antejo, se limitó a ordenar: Capitán: Ordene suspender el tiro, hasta tanto que ese hombre llegue a la costa; sepan, que vale más la vida de ese humilde pescador, que todas estas fortificaciones y todos estos cañones.

#### **Corolario:**

Así apreciaban hace cuarenta años la vida de los colombianos. La apreciaremos hoy nosotros lo mismo...?

## GRUPO DE ARTILLERIA GALAN

A finales de 1933, y con la llegada al país del Material Skoda, fueron creados algunos Grupos de Artillería entre ellos el "GALAN" N° 5 y destinado a la Quinta Brigada, y cuyo lugar de Guarnición fue estudiado en los altos Comandos, con un número de problemas tal, que en marzo de 1934, aún no se conocía exactamente, el lugar preciso de su verdadera ubicación.

Como los soldados para el Grupo fueron reclutados a fines de 1933, era necesario recibirlos en alguna parte, y se resolvió hacerlo en Pamplona, en los cuarteles del Batallón de Infantería "García Rovira"; Unidad en ese entonces, movilizada, dada la grave situación de Orden Público, porque atravesaba en ese entonces el Departamento de Santander del Norte.

Al Mayor Clodomiro Lozano, Comandante del Grupo, le ordenaron ubicarse en Pamplona, junto con sus Oficiales y Tropa; el material empacado en sus empaques originales, lo enviaron de Bogotá a Norte de Santander, bajo el control y vigilancia de los Subtenientes Juan B. Córdoba y Jorge Castellanos; pero lo curioso del caso, era, que para algunas Dependencias del Ministerio de Guerra la Unidad estaba en Pamplona, para otras en Chinácota; para la Intendencia en Arboledas, y para no pocas en Salazar de Las Palmas. A toda estas ciudades llegaban elementos y correspondencia, y el Comando del Galán, tenía que estar haciendo recogida de ellos, para concentrarlos en Pamplona, en todas y cada una de las ciudades anteriormente nombradas.

De todas maneras, y con todas las dificultades e incomodidades, el Grupo se organizó en Pamplona, bajo la Dirección del Mayor Lozano, con la cooperación de los Capitanes Galindo y Bayona y con el trabajo eficaz de un número reducido pero selecto de subalternos. Muchas guarniciones recorrió en poco tiempo el Galán. De cada una de ellas relataremos algunas anécdotas.

## PAMPLONA A OSCURAS

Para solucionar en parte la crisis de Oficiales del Grupo Galán, ya que los Subtenientes Córdoba y Castellanos, habían sido destinados a otras reparticiones, y el Capitán Galindo había salido para Bogotá en donde se desarrollaba un curso de artillería; fue destinado en comisión al Grupo, el entonces Teniente Fernando Morales, quien antes de llegar a Pamplona, estaba recibiendo, sin mucho éxito, clases de pilotaje en la Escuela de Aviación.

Un domingo, a la hora del almuerzo, se presentó Morales recientemente afeitado al comedor, y como los Oficiales que tomaban el almuerzo le hicieron la burla, pensando que la noche anterior había sido de farra para el Teniente, él con una seriedad desconcertante preguntó?: En dónde estaban ustedes anoche cuando se apagó la luz?, todo nos mirábamos unos a otros, y todos tratábamos de recordar sobre lo que habíamos hecho el sábado en la noche, cuando Morales, dándose exacta cuenta de nuestra turbación se expresó así: pues les voy a contar lo que me sucedió anoche: venía para el cuartel a eso de las once de la noche, cuando al pasar por la tienda de Don Pedro, salieron de ella dos hombres, uno bastante tragueado, me cerraron el paso, y el que parecía estar en su sano juicio me dijo: Oiga Teniente, usted debe disparar muy bien, lo desafío, hagamos una apuesta. Ante esta intempestiva situación, yo me quede como hipnotizado, cuando un reservista que me conocía salió de la tienda y me alertó así: Mi Teniente no se meta, quien lo desafía es el campeón de tiro de Santander. En ese momento mi desafiante repitió el desafío diciendo: Apostemos una tanda de brandy para todos los que están aquí. La pierde el que haga el peor tiro. Yo inmediatamente me dije para mí mismo, a ese campeón hay que acobardarlo, y sin pensarlo dos veces respondí, acepto el desafío, pero en cuanto a la apuesta, que no sea una tanda, el que pierda paga dos botellas de brandy.

De acuerdo contestó el Campeón y sacando su revólver, miró hacia un lado, miró hacia otro y al descubrir una bombilla de la luz eléctrica, que alumbraba desde la punta de un poste, casi sin apuntar dirigió su arma hacia ella, disparó, la bombilla desapareció y la cuadra quedó completamente a oscuras.



Los que estaban en la tienda no pudieron contener la felicidad y aplaudieron con delirio. Mientras el Campeón socarronamente guardaba su arma a la vez que exclamaba: fíjense todos, la cuadra ha quedado a oscuras.

Yo sin inmutarme, saqué mi pistola, como lo había hecho mi contendor, miré hacia un lado, miré hacia otro y a media luz alcance a distinguir la cuerda de la luz; una que creo es de alta tensión, y casi sin dirigir mi puntería, disparé. La cuerda soltó una gran chispa y PAMPLONA QUEDO A OSCURAS.

### **Corolario:**

Todos nos reímos del cuento de nuestro estimado Teniente y alguno hizo caer en la cuenta en ese momento, que Morales había estado de Oficial de Servicio la noche anterior, que por lo tanto no había podido salir del cuartel, y que cuando se había presentado al comedor recién afeitado, acababa de entregar el puesto.

## **NOS HONRA CON SU PRESENCIA**

Por motivos que no es del caso recordar, a principios de 1934, la situación para los soldados, y muy especialmente para los Oficiales, en la Capital del Departamento del Norte de Santander, era verdaderamente terrible. Los Oficiales no eran aceptados en la sociedad, en todas partes se les hacía el vacío; indirectas y provocaciones al pasar cerca de cualquier corrillo, aún en las tiendas se les negaba lo que solicitaban.

Una de las pocas distracciones que teníamos los Oficiales en Pamplona, era la visita a Cúcuta, especialmente por el agradable cambio de clima, pero en atención a las circunstancias, las idas a dicha ciudad se habían restringido al máximo, y cuando se viajaba a la Capital Norte Santandereana, había que hacerlo de civil, casi de incógnito.

La tarde de un día de fiesta estábamos algunos Oficiales jugando billar en el Casino del Batallón; cuando llegó el Teniente Morales vestido de civil, saludó cordialmente, puso su sombrero en una percha al mismo tiempo que decía, vengo de Cúcuta.

Y qué mentiras nos traes hoy, preguntó el Subteniente Roldán Fernández?

Morales se sonrió, tomó asiento y se expresó así: ustedes muy bien saben cual es la situación de la oficialidad en Cúcuta, pues aún cuando parezca mentira les contaré, que anoche en tal ciudad, después de haber comido en un restaurante, me fuí para Cine; llegué al teatro cuando la función estaba principiada. Pasado un ratico vino el primer intermedio, se encendió la luz, y como de costumbre la mayoría de los asistentes se levantó de sus asientos para saludar a sus amigos. Segundos después de haberse encendido la luz, se volvió a apagar.

La gente se puso muy nerviosa ... Qué habrá sucedido, daños en los motores? Corto circuitos? Sabotajes... Desperfectos de la película?...

No señores, en el telón apareció en ese instante un gran aviso que decía textualmente:

LA EMPRESA TIENE EL HONOR DE DEDICAR LA PRESENTE FUNCION AL PILOTO FERNANDO MORALES, QUE NOS HONRA CON SU PRESENCIA...

### **Corolario:**

Hoy, después de casi cuarenta años, todos nos reíamos, como nos reimos entonces, de los grandes apuntes del hoy Coronel Fernando Morales, y de seguro pensaríamos, los actuales Oficiales jóvenes serán tan vivos o tan ingenuos como nosotros?

## CUANDO ESTA ESTUDIANDO PIANO ESTOY TRANQUILA

En marzo de 1934, el Grupo Galán tenía una Batería en Chinácota, a órdenes del Capitán Anibal Galindo y la otra en Pamplona bajo el Comando del Capitán Bayona Posada. Esta última tenía como Subalternos a los Subtenientes Rafael Lozano A., y Luis E. Ordóñez, quien a pesar de ser el Oficial de Reclutamiento del Grupo, trabajaba en la fila y prestaba como tal todos los servicios.

El simpático Subteniente Ordóñez, entabló amores con una bella chiquilla, pero a la madre de la niña no le gustaban los farseos del Oficial, y resolvió no sólo prohibirle a la hija que se viera o tratara con el militar, sino que se propuso evitarle, por todos los medios a su alcance, que continuara sus amores.

La esposa del Contador del Batallón García Rovira, Unidad en la cual estaba alojado el Galán, era Doña Librada Pérez Hernández de Hernández, persona amabilísima y gran amiga de todos los Oficiales.

Como Ordóñez sabía de la amistad que existía entre Doña Librada y la madre de su novia, recurrió a aquella, para que, si no podía ayudarle, por lo menos lo defendiera ante su presunta suegra.

La oposición, sin razón era cada día peor, y la pobre niña no podía ya siquiera, ni abrir un postigo de la ventana, pues la madre no se lo permitía. Ante tal situación, se puso en práctica un plan de defensa o ataque, elaborado una tarde en el Casino, entre Doña Librada, la niña y los Oficiales.

La madre de la muchacha, tenía especial interés en que la hija aprendiera a tocar piano, y para ello permitió que recibiera clases en la casa de Doña Librada, eso sí, con la expresa condición, de que las podía recibir cuando el Oficialito estuviera lejos o fuera de la ciudad.

Tres o cuatro veces en la semana, la Batería salía a terreno o Polígono muy temprano. Entonces ahí vino la segunda parte del plan. La tropa a órdenes del Capitán y con los dos Subtenientes, al son de una mala banda de guerra, dirigida por el Sargento Eutorgio Torres; pasaba, vía al terreno por la casa de la niña. Tal como se había previsto, la energúmena señora atisbaba por los postigos de la ventana y al ver a su querido y presunto yerno, pasar con la tropa vía de los cerros; quedaba tranquila y permitía que su hija saliera a recibir sus clases de piano.

El Capitán, en el terreno, distribuía el tiempo de instrucción entre los tres Oficiales, dándole a Ordóñez la primera hora y media. Este, con el permiso de su Superior, regresaba a la ciudad por un caminito muy disimulado que él conocía muy bien, dejaba su caballo en un sitio especial y con tino y prudencia llegaba a la casa de Doña Librada en donde se encontraba con su querida novia. Una visita de más o menos una hora y regresaba al terreno en forma similar a la que había usado para llegar a la casa de la señora del señor Contador.

Terminado el terreno la tropa, al mando de los mismos Oficiales regresaba al cuartel, eso sí, con la única condición de que el Sargento Torres le pegara más duro al tambor, cuando pasaba por determinada cuadra, aquella en donde estaba ubicada la casa de la suegra del Subteniente. Siempre que por ahí pasó el personal a su regreso del terreno, los tres Oficiales disimuladamente miraban hacia una casa antigua y de ventanas con rejas de metal, y siempre sin excepción, pudieron observar que tras un visillo transparente; una cabeza medio cana trataba de ver sin ser vista.

Una tarde fue la señora a la casa de doña Librada e ingenuamente le dijo: Hay Libradita, me tiene medio loca ese Oficialito, pero afortunadamente ahora sí me quedo completamente tranquila, cuando lo veo pasar a eso que ellos llaman terreno. Hay Libradita: mi chinita aprendiendo a tocar el piano aquí contigo, y él asoleándose en las lomas. Son las únicas horas en que estoy completamente segura, de que no está el Tenientico ese molestando a mi chinita. Bendito sea Dios... Cuando está estudiando piano, estoy segura.

### **Corolario:**

A cuantas madres les estará pasando lo mismo?

## CHINACOTA

El 30 de abril de 1934, después de una marcha a pie, desde Pamplona, llegué con mi Batería a Chinácota. En esa ciudad ya se encontraba el personal de la Segunda Batería, el ganado del Grupo, y casi todo el material de artillería, aún empacado en sus empaques de fábricas.

El delicioso clima de esta cafetera ciudad, el ambiente, y más que todo el ya encontrarnos solos, en nuestros malos pero propios alojamientos, nos hicieron a todos partícipes de un gran espíritu de trabajo.

El Comandante del Grupo, Mayor Clodomiro Lozano, con el Escribiente Olarte, siguieron en Pamplona despachando desde allá la parte administrativa de la Unidad, toda vez, que el Contador Hernández, del Batallón García Rovira, tenía que seguir atendiendo la Contaduría del Galán.

Era Veterinario del Grupo, un semi-indígena, nacido en el Valle de Sibundoy, de apellido Oviedo, muy inteligente, muy capaz, pero que permanecía a "Medio Palo", por lo cual los Oficiales no lo llamaban doctor Oviedo, sino doctor OVEODO.

Al día siguiente nuestra llegada, 1º de mayo, a pesar de ser la Fiesta del Trabajo, el doctor Oviedo estaba con nosotros en el Corral, dando principio a la clasificación y filiación de las ciento cincuenta mulas del Grupo. Una mulita medio rucia, vivaracha, de cascos finos y con una oreja un poco agachada, fue el primer animal que pasó al botalón. Uno de los Oficiales iba anotando en la respectiva tarjeta los datos que el Veterinario le suministraba. Cuando quedaron completos los del primer animal. Oviedo preguntó y qué nombre le ponemos?... Y todos los presentes, como si nos hubieramos puesto de acuerdo contestamos en coro "BOHEMIA", mientras mirábamos cómo el ilustre Oveodo, se tomaba sin pestañear y a pico de botella, un litro de la entonces cerveza de moda "La Bohemia". BOHEMIA, pues, fué la primera mula del Grupo de Artillería Galán.

Un venezolano de nombre Espiritu Santo Morales, exilado en tiempos de Juan Vicente Gómez, era propietario en Chinácota de muchas propiedades, y le había arrendado al Grupo la casa para alojamiento de Oficiales y los potreros para las mulas.

El Subteniente Rafael Lozano Agudelo, encargado de la Remonta, calculó que el primer potrero, le debía alcanzar para unos veinte días, pasados los cuales, las mulas serían llevadas al segundo potrero, en donde pastarían otros veinte días, de ahí pasarían al tercer potrero, más o menos veinte días en él, para pasar al cuarto, de éste, es decir, a los dos meses, volverían al primero que tenía que estar para ese entonces, nuevamente pastado, ya que la finca alquilada, tenía una toma de agua, que según Don Espiritu Santo, proporcionaba un riego maravilloso.

Antes de terminar la primera semana, fue Lozano a pasar revista y cual no sería su sorpresa, al darse cuenta de que la mayoría de las mulas habían abandonado el potrero, por falta absoluta de pasto. Con los palafreneros y con algunos soldados, se dio a la tarea de recoger el ganado, el cual una vez reunido, tuvo que pasar al segundo potrero, quedando de hecho fallados los cálculos del Teniente. Al día siguiente muy temprano, Lozano, con los palafreneros, hizo los trabajos necesarios, para regar con el agua de la toma, el potrero desocupado, a fin de acelerar el crecimiento del pasto.

A eso de las seis y media de la tarde, se presentaron ante el Comando, el Alcalde, el Personero, el Gerente de la Energía; miedosos pero a la vez altaneros, por cuanto según ellos, el Grupo era el único responsable de que la ciudad no tuviera luz, estuviera a oscuras, ya que un Oficial con unos soldados, a mano armada, le habían cambiado el cauce a la quebrada que movía la planta que suministraba la energía, no solo de Chinácota sino de sus alrededores... Esa noche la ciudad sin luz, y al día siguiente los potreros sin agua y el pasto acabándose... Posteriormente las mulas tuvieron que ser enviadas a sitios bastante lejanos de la población, únicos en donde se pudieron conseguir potreros de capacidad suficiente para mantener las mulitas del Galán.

Muy pocas, por no decir ningunas, eran las diversiones de la nueva guarnición del Galán. Los Oficiales en el día nos entreteníamos trabajando, o haciendo instrucciones no propias del arma, ya que el material seguía empacado.

No teníamos ni el aliciente de montar a caballo, ya que la Unidad tenía mulas, pero no tenía caballos. Dormíamos en cates o camas prestados o alquilados, y a las seis y media de la tarde, después de la comida, unas veces oíamos radio, de estaciones de Venezuela, únicas que se podían sintonizar, y otras en compañía del médico de la Unidad, persona de un temperamento alegre, gran compañero, excelente amigo y sociable hasta el extremo, hacíamos algunas visitas a familias de la localidad; en donde según el galeno, nos atendían de vez en vez, con una taza de agua de panela con pan.

En cuanto a los Suboficiales y soldados, los domingos que tenían salida franca, la mayoría no hacía uso de ella, y los que salían, daban unas vueltas por la población, para regresar al cuartel a la hora del almuerzo, y no volver a salir.

Afortunadamente la situación política, que días antes había tenido muchos problemas, por esa época estaba totalmente tranquila, esperando lo que pasaría del 7 de agosto en adelante, con el nuevo Gobierno, no ya de Concentración Nacional, sino de partido.

Una tarde llegó a Chinácota el Teniente Luis Jorge Lombana, con orden de recibirme el Comando, y la Guarnición, pues yo tenía que presentarme en Bogotá, para tomar parte del segundo Curso de Artillería, que por esa época estaban dirigiendo los chilenos Alvarez y Herrera.

Cumplí la orden, y cuando terminé el curso, tres meses después, ya mi Grupo Galán, estaba trasteando para Málaga.

## CURSOS DE ARTILLERIA

En los primeros meses de 1934, llegaron al País, los Oficiales Artilleros chilenos Ramón Alvarez Goldsak y Oscar Herrera Jarpa, venían contratados por el Gobierno para dirigir una serie de Cursos de Artillería.

Todo lo que se puede decir de la competencia, capacidad, espíritu de trabajo, conocimiento del personal y preparación de estos dos distinguidos Oficiales es poco. Ambos se habían perfeccionado en Europa. Alvarez más soldado que Herrera, y éste más técnico que aquel, pero uno y otro se complementaban en forma admirable.

Como con la creación de los nuevos Grupos de Artillería, el personal de Oficiales del Arma era insuficiente, se aprovechó la realización de los cursos, por parte de los Oficiales chilenos, para llamar a tales cursos a distinguidos Oficiales de otras armas, y a futuros ingenieros, con el fin de escalafonarlos en el arma de la divisa negra. Entre los Oficiales de otras armas, que después de haber hecho el curso, pasaron al escalafón artillero, podemos citar, entre otros a los capitanes: Carlos J. Salcedo, Rafael Sánchez Amaya, Julio Bernal, Miguel Ovalle Paz, y entre los ingenieros a: Manolo Acosta, Lucio Posada Cuéllas, Silva, Olarte, siendo entendido que la casi totalidad de estos últimos, una vez aprobado el Protocolo de Río, colgaron los uniformes.

A mí me llamaron al Segundo Curso de Artillería y en él tuve el placer de volver a ser alumno con un distinguido grupo de compañeros del arma, y con unos cuantos pichones de ingenieros de grandes conocimientos y capacidades. El Curso terminó en la ciudad Vallecaucana de Buga, en donde aprovechando el personal del Grupo "Palacé" efectuamos toda clase de ejercicios de tiro, y pusimos en práctica, todo lo que habíamos aprendido durante el trimestre.



Ante la prodigiosa memoria del Capitán Alvarez Goldsak, que se sabía al derecho y al revés los reglamentos y en particular el de tiro, y que sabía aplicarlos con maestría, de acuerdo con su consabida frase: "El Reglamento es Sabio", no había nada que argumentar; pero los Oficiales ingenieros quisieron en una ocasión tomarle el pelo al Capitán Herrera en la Academia de Cálculo y Probabilidades, y aprovechando que se estaba resolviendo un problema de cálculo, le hicieron una serie de preguntas no solo difíciles sino mal intencionadas. Herrera no se inmutó, siguió en el tablero resolviendo el problema, pasando paulatinamente de lo fácil a lo difícil y llevándolos poco a poco a las altas matemáticas. La mayoría de los Oficiales efectivos, llegamos hasta cierto punto, hasta donde nos lo permitían nuestros conocimientos matemáticos, y de ahí en adelante nos dedicamos a mirar cómo, mientras el Capitán Herrera llenaba los dos grandes tableros con ecuaciones, los ingenieros permanecían como hipnotizados por el Profesor. Cuando el Capitán terminó su brillantísima exposición, los alumnos no pudieron resistir, y mientras unos aplaudían emocionados otros lo felicitaban estrechándole la mano.

#### **Corolario:**

Cuando a la hora siguiente, esperabamos todos en el Salón de Academia, el doctor Edmundo Rico, Médico del Grupo de Artillería, y quien nos iba a dictar una conferencia, sobre higiene militar en campaña; los Oficiales ingenieros comentaban y estaban, —cosa rara— todos de acuerdo, de que en la Facultad, no habían oído una disertación tan clara, tan precisa y tan convincente, como la que había hecho en la hora anterior el distinguido Capitán Herrera Jarpa.

## EL GRUPO GALAN EN MALAGA - SANTANDER

En la odisea del Grupo Galán, fue muy corta, relativamente, la estada de la Unidad en la ciudad de Chinácota. Una nueva guarnición le esperaba, y desde Agosto de 1934, principió su traslado a la ciudad de Málaga, en la Provincia de García Rovira.

El Grupo, ya al llegar a su nueva Guarnición, tenía más o menos completa su dotación de Oficiales. Como Comandante el Mayor Domingo Espinel; como Oficial de Detall el Mayor Rafael Rodríguez Bermúdez; como Comandantes de Batería los Capitanes Antonio Restrepo Suárez y Ricardo Bayona Posada; como Subalternos los Tenientes Luis Jorge Lombana, Alberto Pedroza Toro, Carlos Gómez Jurado, y le reclutaba personal el Subteniente Luis Ernesto Ordoñez. El médico era el mismo, el doctor de La Paz, y ya le habían asignado Contador de dotación: el señor Daniel Cubillos.

Claro, Málaga no tenía en ese entonces ningún local capaz de alojar una unidad, y el personal estaba disgregado en diferentes casas. Lo mismo sucedía con el material de Artillería, que continuaba empacado en los mismos cajones en que lo había sido en Checoslovaquia diez y ocho meses antes.

## PERMANECIO IMPASIBLE

En Agosto de 1934, el Batallón de Ingenieros "Baraya", fue trasladado de Málaga al Socorro. El Grupo de Caballería "General Maza", de Concepción (García Rovira) a Chinácota y el Grupo de Artillería "Galán" de Chinácota a Málaga.

En ese entonces el valor del transporte de la tonelada entre estas dos últimas ciudades, fluctuaba entre veinticinco y treinta pesos, pero cuando el viaje de transporte era redondo, es decir que había carga segura para llevar y para traer o viceversa, el precio del servicio tenía un buen descuento.

Los vehículos de los caballeros que habían hecho el contrato de transporte, directamente con el Ministerio de Guerra; llevaban carga del Grupo Maza de Concepción a Chinácota, y regresaban de ésta, trayendo elementos del Grupo Galán, para Málaga, y aún cuando el viaje era redondo, lo cobraban como si no lo fuera, haciendo con ello un buen negocio. Sin embargo, aspiraban a ganar más y para conseguirlo, lo más lógico, era subirle al precio de transporte de la tonelada; así lo pidieron al Ministerio alegando algunos triviales motivos, pero el Ministerio no aceptó.

Permanentemente buscaban la ocasión, para lograr sus deseos, hasta que una noche se les presentó la oportunidad.

El Comandante del Grupo, Mayor Espinel, estaba en su domicilio; el Capitán Bayona se alojaba en el Hotel Manrique de la ciudad.

Más o menos a las ocho y media de la noche, llegó al hotel el Teniente Lombana con unos amigos, se tomaron unos aperitivos (Pichón de Málaga) y pidieron comida. Parece que ya no había servicio a esa hora, y los sirvientes les manifestaron a los de la reunión, que no podían atenderlos.

El Teniente manifestó que le provocaba meterles un susto a los del hotel. ¿Cómo? Preguntó alguno de los contertulios, pues así, dijo el Oficial y diciendo, abrió la ventana que daba para unos terrenos baldíos, e hizo un disparo al aire.

No digo minutos, sino segundos después, a algunos de los del contrato de transporte, golpeaban en la puerta de la pieza que ocupaba el Capitán Bayona en el hotel; otros se desplazaron para la casa del Mayor Espinel, y otros, todos acompañados por sus pupilos los choferes, gritaban en la calle y pedían patrullaje, toque de queda, comisiones de orden público, a la vez que algunos trataban de enardecer a Lombana, llamándolo asesino y lanzándole frases injuriosas.

El Capitán Bayona salía para el cuartel, cuando en la puerta del hotel se encontró con el Mayor Espinel, quien iba precisamente en busca del Capitán. Con una calma, con una inteligencia, y con una malicia verdaderamente maravillosas, Espinel ordenó: Que Lombana inmediatamente se traslade a su pieza y se acueste. Usted no vaya a despertar a la tropa; no le haga caso a estos exaltados, que lo que persiguen es hacer escándalo, para mañana decir que la situación de orden público es gravísima, que ellos no pueden seguir movilizandocarga sin garantías y sin aumento de precio, usted quédese tranquilo. Yo voy a ver si Lombana ya se acostó. Espereme aquí. Ahora vuelvo. No se había retirado el Mayor, cuando algunos se me acercaron, casi para exigirme que sacara la tropa a la calle, que la situación era gravísima. Yo con toda calma les puse de presente, que no veía ninguna gravedad, que un tiro ido, sin consecuencias, no era motivo de alarma, que más bien se fueran a descansar, pues al día siguiente temprano tenían que viajar llevando carga a Chinácota. Refunfuñando se fueron retirando.

Poco rato después llegó el Mayor, ya todo está en calma me dijo. Encendimos un cigarrillo, nos lo fumamos, se despidió de mí, él se fué para su hogar, yo para mi pieza. El Transporte de tonelada, no subió de precio en esa oportunidad.

### **Corolario:**

Los caballeros empresarios de la movilización de carga, siempre trataron de llevar la alarma al Ministerio de Guerra. Ignoro a quien se dirigieron y qué informaron, lo cierto fue que días después llegó a Málaga el Mayor Castillo Mariño. Con la gentileza que caracterizaba a este distinguido Oficial, me informó, que tenía que hacerme unas preguntas, sobre unas quejas que habían llegado al Ministerio, sobre mi comportamiento durante una noche de gran alarma.

Una vez que le relaté lo ocurrido, el caballero Oficial me dijo: Siento por usted lo ocurrido, pues aquí, y en estos sitios de alarma, le va a tocar permanecer buen tiempo; pues eso es cabalmente lo que persigue el Gobierno: Oficiales que no se alarman fácilmente, y por lo que acabo de oír y de ver, usted le hace honor al gravísimo cargo por el cual lo acusaron. A usted lo sindicaron de **Haber Permanecido Impasible**.

## ASI SE PREPARA AHORA EL TE

Estabamos en los primeros días de Noviembre de 1943, apenas tres meses del Gobierno del doctor Alfonso López, la situación de orden público había cambiado muy favorablemente, y el nuevo Gobernador de Santander doctor Gómez Naranjo, por sus antecedentes gozaba en la región de Málaga de respeto y simpatía.

El Mandatario Santandereano resolvió visitar esa Provincia de García Rovira, con el buen propósito de ver personalmente sus necesidades, para subsanarlas.

El Vicario, R.P. Daniel Jordán, vió con simpatía la visita del doctor Gómez Naranjo, y eso, naturalmente fue motivo especial para que el Vicariato, las autoridades municipales, los directorios políticos y otras entidades, programaran actos especiales para recibir al señor Gobernador. La guarnición militar, no podía estar al margen, y de hecho programó un té para el día de la llegada a la ciudad del mandatario Departamental.

Hacia pocos días que habían contraído matrimonio en la Capital de la República el señor Capitán Antonio Restrepo Suárez, y Doña María Tadea Morales Rivas. La prensa capitalina, por tratarse de personas de tanta distinción y abolengo, había estado informando sobre las fiestas de despedida y demás atenciones propias en esos casos; lo mismo que sobre personas nombradas como padrinos de boda, a cuya cabeza estaban el doctor Eduardo Santos y doña Lorenza Villegas de Santos. Es decir que en Málaga, hasta cierto punto, esperaban con curiosidad la llegada del nuevo Comandante de Batería y de su esposa; por creer que el hogar que acababa de formarse, no sólo era portador de amor y dicha, sino de los últimos gritos de la moda. Los esposos Restrepo Suárez-Morales Rivas, llegaron a García Rovira en víspera de la visita gubernamental.

Como era lo lógico, para todo lo relacionado con el té, se nombró una comisión compuesta por las señoras del Mayor Rodríguez y de los dos Comandantes de Batería. Dicha comisión no omitió detalle para arreglo del casino, alistamiento de vajilla, consecución de flores, y con respecto a la confección de bizcochos y preparación del té propiamente dicho; se pusieron al habla con el Mayordomo de Casino, un joven muy bien presentado, de media sangre alemana, y quien les aseguró a las señoras de la comisión, que él era muy hábil para la preparación y presentación de dichos platos.

Un buen día hizo su arribo a la ciudad el señor Gobernador y por lo tanto llegó el día de la fiesta en el Casino. Nuevamente las señoras hablaron con el Mayordomo, y como nuevamente quedaron convencidas de que el medio alemán era muy capaz, se desprecuparon de la preparación del té, y se dedicaron a atender a los invitados.

Llegose la hora de pasar a la mesa. El Gobernador, el Comandante, el Vicario, el Alcalde, las autoridades ocuparon sus puestos de acuerdo con el protocolo del momento. El Mayordomo hizo su entrada al comedor. En una bandeja estaban la tetera y la lechera, ambas llenas hasta el borde, de lo que debería haber sido el té, pues el jefe del Casino lo había preparado ya, mezclando partes iguales de infusión de té, azúcar y leche y poniendo tal mezcla al fuego en las mismas vasijas. Propiamente lo que sirvió fué un brebaje.

Los anfitriones sudaban petróleo, las señoras de los Oficiales cambiaban de color, más el Gobernador, el Vicario y algunos invitados, comprendiendo lo que pasaba, muy disimuladamente lo tomaban, como la bebida más agradable y natural, sin que algunos otros, casi repiten.

### **Corolario:**

No faltaron algunos invitados a la fiesta, que comentaban después entre sus amistades, dada la prestancia de los anfitriones y muy especialmente de sus señoras: **Así se prepara ahora el Té.**

## SOGAMOSO

La permanencia del Grupo Galán en Málaga (S) fue muy corta. Desde noviembre la Unidad se fue trasladando a su nueva sede: Sogamoso. El último de la Primera Batería en llegar a la bella ciudad de Boyacá, fue su Comandante, quien hizo su entrada a tal Villa la víspera de la Navidad.

Después de más de un año de verdadero peregrinar, bien merecía el Grupo el Oasis a que llegó. La sociedad, los Clubs, los hacendados, el mismo pueblo, recibió a los artilleros con los brazos abiertos y todos emulaban en agradar y servir. Claro, a los pocos días, la planta de Oficiales del Galán estaba completa, y los jóvenes y simpáticos subalternos a la vez que trabajaban con entusiasmo, se divertían organizando paseos, becerradas y foforros bailables.

Fuera del Mayor Espinel, Comandante del Grupo, del Mayor Rodríguez, Bermúdez Oficial de Detall, y de los Comandantes de Batería Restrepo y Bayona, el Grupo contaba con:

Uribe Arango, Gómez Jurado, Pedro Añez, Tello Rengifo, Tito Perdomo, Ernesto Caicedo, Enrique Turk, Gregorio Quintero, Alfredo Ljévano, Luis J. Lombana, Heladio Pinilla, Alberto Pedroza Toro; como médico fue nombrado el ilustre galeno sogamoseño Sergio Reyes, como Contador quedó Rafael Parrado, y el doctor Ricardo Escobar ocupó el puesto de Veterinario.

Aún cuando no había en la ciudad un edificio capaz de alojar todo el Grupo, los alojamientos fueron los mejores, que hasta en ese entonces había tenido el Galán; y en la casa y predios destinados para la Remonta, pudieron ser ventajosamente instalados talleres, armería y almacenes de armamento y vestuario.



Principiaba el año de 1935, cuando un buen día me llamó el Mayor Espinel y me dijo: Mi Capitán, una buena noticia. Lo autorizo para que desempaque y arme el material de su Batería.

Creo, que pocas veces en mi vida artillera, he sentido una emoción igual, a la que sentí cuando Espinel me dió esa autorización.

Durante un año, en camiones alquilados, las más de las veces en malísimas condiciones, había viajado con esas grandes cajas, a Pamplona, a Chinácota, a Málaga, Sogamoso; durante un año esos cajones difíciles de mover, nos habían estorbado en las ciudades anteriores; y ahora, ya iban a ser rotas para sacar su contenido. Mis soldados, que figuraban como artilleros, y que en su vida habían visto un cañón, iban al fin a conocer, lo que es un albardón, un mástil, una granada y los Oficiales y Suboficiales, podían mostrar con orgullo, el por qué llevaban en el cuello los dos cañones cruzados.

Poco a poco, sin precipitaciones, pero sin perder un momento, fuimos sacando de sus empaques originales nuestros queridos Skodas, con todos sus accesorios, y a la semana siguiente de la autorización del Comando, dimos comienzo a la instrucción de artillería.

Dos semanas más tarde, hicimos la primera salida con material fuera del límite de la ciudad; fuimos hasta Firavitoba. Ante un gran número de curiosos bajamos el material de las mulas, armamos piezas, almorzamos cerca de la plaza principal al pie de nuestros cañones, y por la tarde hacíamos nuestra entrada triunfal a nuestra querida guarnición.

No nos demoramos, sino el tiempo apenas necesario, para quitarles la virginidad a nuestros cañones.

Una tarde salimos para la Laguna de Tota, allá pernoctamos bajo carpas, y a la mañana siguiente, bajo la dirección del Mayor Espinel, ejecutamos el primer ejercicio de tiro. Los soldados y curiosos, no salían de su asombro, al ver estallar las granadas, y los Oficiales no sabíamos que apreciar más, si la precisión de nuestros cálculos o la bondad de nuestras Skodas.

Días después, tuvo lugar el juramento de Bandera. Hacía años que los sogamoseños no presenciaban esa ceremonia y era la primera vez que oían ratificar el juramento con el tronar de los cañones.

La ceremonia fue un motivo más, para estrechar las relaciones entre el pueblo y el Grupo.

Por la noche, en el Casino, los Oficiales dimos el primer baile del Grupo, en honor de la sociedad de Sogamoso. Fue un verdadero acontecimiento social. Un mes después, la sociedad de la ciudad del Sol, correspondía con otro en el mejor Hotel, baile en honor de los Oficiales y de sus señoras. En este acto social, los anfitriones procuraron y quizá lo consiguieron, superar el primer baile.

Los Oficiales, y la sociedad, especialmente el elemento joven, que entre otras cosas, estaba formado por un Grupo numeroso de bellas y distinguidísimas muchachas, buscaban con justa razón, motivos para pasar en la mejor forma, los días y tardes de descanso y con poco esfuerzo, dada la buena voluntad de todos, lo lograban con bastante frecuencia.

## POR CREER LO QUE NO DEBE CREER

En los predios de la casa destinada para la remonta del Grupo, existía desde tiempo atrás un colmenar... No pocas veces, y especialmente cuando hacía buen sol, las abejas se alborotaban y clavaban sus aguijones, no sólo sobre los caballos y mulas, sino aún contra las personas. Los favorecidos, trataron por varios medios de destruir el colmenar, pero no lo consiguieron.

Un buen día, uno de los subalternos, se le presentó al Teniente Quintero, en momentos en que éste estaba haciendo un trabajo y le dijo: El Mayor Espinel aspira a comercializar el colmenar. Leyó en una revista lo productivo que es la miel, el buen negocio que representa la cera, y te ha comisionado a tí, para que hagas una propuesta al Comando en tal sentido. Mira, aquí está la orden, y le presentó un papel, en el cual decía más o menos lo mismo que le acababa de decir. Quintero miró por encima el papel de la orden, vió un sello tapando una firma, no se fijó bien, y confió totalmente en la veracidad de su compañero, el que en esos momentos le alcanzaba un estilógrafo para firmar el enterado. Mientras el Teniente firmaba el enterado, el Oficial que le había hecho firmar le iba diciendo: No te afanes, aquí todos te ayudamos, pues todos estamos interesados. En esos momentos se acercó haciéndose el que no sabía nada, otro subalterno, y preguntó de que se trataba. Apenas le contaron lo de la orden, el aparecido dijo: Caminá hablamos con el doctor Torres Herrera, que él te saca del apuro, y diciendo se fueron en busca del distinguido Agrónomo, que por ese entonces vivía en Sogamoso.

Como era lógico, el doctor Torres Herrera, le manifestó que cada colmena tenía una Reina, que para que las abejas pudieran ser útiles, lo básico y necesario consistía en la construcción de buenos colmenares; le indicó con todos sus detalles la manera de hacerlo, y en un papel le dibujó como debían quedar

más o menos los cajones, y demás dispositivos propios de un colmenar. Aún no le habían dado las gracias al doctor Torres por su ilustrativa conferencia, cuando otro subalterno que había oído parte de lo expresado por el Agrónomo, fue diciendo: Cuanto antes caminen a donde el Carpintero, el debe hacer el trabajo, y por lo tanto pasar el presupuesto. En cuanto a madera tenemos la mejor del mundo: la de los cajones en que venía empacado el material. El Carpintero, como si lo hubieran llamado, apareció como por encanto, y el último de los Subalternos que habían llegado, no sólo le explicó de qué se trataba, qué debía hacer, sino que se ofreció para ayudar en todo, muy especialmente para sacar los diseños, las propuestas y los presupuestos.

Al día siguiente, y cuando Quintero estaba haciendo instrucción se presentó el Oficial portador de la orden y le dijo: Mi Mayor quiere que le pases a la mayor brevedad tu informe y propuesta; hoy es sábado, por la tarde no hay trabajo, y esta mañana a mi Mayor casi lo pican las abejas, por eso quiere que cuanto antes se construya el colmenar.

Muy de acuerdo con los demás subalternos, hizo su aparición el Oficial que se había ofrecido para lo del presupuesto. Mira viejo, le dijo: El Carpintero se ha lucido; mira que presupuesto y que proyectos tan perfectos, sólo falta tu aprobación... Firma ahí, no vale la pena que leas... Tu estás ocupado, el Comandante tiene afán... Yo te garantizo... (pero no dijo que)... Olvidaba decirte que también hice el parte remisorio de todo, aquí está...mira...firma viejito... Mientras el Teniente Quintero, sin mirar siquiera, basado en la bondad de sus compañeros, estampaba su firma, el Oficial comentaba: Te has lucido...el Comandante va a quedar feliz... Las abejas ahora sí van a producir, y nosotros no solamente nos tomaremos la miel, sino que gracias a todo ésto tendremos el gusto de brindar unos wiskisitos en tu honor, oílo bien, en tu honor...

Como a las siete de la noche, fueron llegando a las casas de los Jefes y de los Capitanes del Grupo, sendos Oficiales y a cada cual, el visitante les fue pidiendo el favor que fueran al Casino a las ocho, acompañados de las señoras, pues querían mostrarles una cosa, y deseaban un consejo al respecto.

Tanto los Jefes, como los Capitanes fueron llegando puntualmente al Casino, sin saber ninguno, que los otros Jefes o Capitanes también estaban citados.

Como todos estaban enterados, sin saber que los demás también lo estaban, respecto a la sorpresa y al consejo, esperaban tranquilos que alguno tomara la iniciativa. En un momento dado se abrieron las puertas del Salón Principal. En el fondo una tarima con unos asientos, y en el resto del Salón asientos y bancas. Unos golpes de un tambor, y entre dos Oficiales armados de fusil apareció el Teniente Quintero, al mismo tiempo que ocupaban las sillas de la tarima: Daniel Cubillos, Enrique Turk, Gómez Jurado, y tres subalternos más, los tres primeros como Presidente, Defensor y Fiscal y los tres últimos como Jurados de un Consejo de Guerra. También como por encanto, el salón se llenó de gente, ocupando sus puestos detrás de la primera fila, en donde habían sido colocados los Jefes y Capitanes con sus señoras. Quintero era el menos enterado de lo que estaba sucediendo, cuando se dió principio a la audiencia... El Fiscal demostró que las únicas firmas auténticas que figuraban en el expediente, eran las del Teniente Quintero, las demás, es decir, las de los que daban las órdenes, eran unos garabatos sin ton ni son; los sellos igualmente eran de un almacén de granos de la localidad. Lo que había autorizado el sindicado, como presupuesto, estaba firmado por un señor cuyos apellidos eran Reina y Colmenares, que nada tenía que ver con el Carpintero del Grupo. Al leer el presupuesto y proyecto el público no pudo contener las carcajadas, pues entre otras cosas se decía que para la confección del cajón del colmenar se necesitaban 3.000 tablas de diez kilómetros de largo por uno de ancho, que las puntillas "de punta aguda" para clavar esas tablas deberían tener un milímetro de longitud... La defensa del Teniente Turk, fue verdaderamente magistral, y a cada frase era necesario un intermedio para poderse uno reír... Finalmente el Teniente Quintero fue condenado a pagar tres botellas de Wisky, es decir, las de la primera tanda, por **Crear lo que no se debe crear...**

#### **Corolario:**

Cuantas veces todos hemos firmado cosas que no deberíamos firmar, por no leer bien lo que firmamos, por no estar bien enterados del asunto tratado, o como se dicen: Por salir del paso...

## FRENOS DEL 88

En Abril de 1935, el Capitán Bayona fue trasladado, del Grupo de Artillería N° 5 "Galán", al Comando de la Batería de Costa de Tarapacá, quedando por consiguiente como Comandante de dicha guarnición.

Al efectuar su presentación en el Ministerio de Guerra, lo citaron para una reunión urgente, esa misma tarde, en la Secretaría General.

A la hora indicada, varios Jefes se hicieron presentes, citados especialmente por el General Secretario. El General más antiguo de los asistentes a la cita, después de algunas preguntas, se dirigió al Capitán Bayona en los siguientes términos: Mi Capitán usted va como Comandante de la Guarnición, al puerto importantísimo de Tarapacá. Hizo una pausa y continuó: La situación aún no está aclarada, continúa el Estado de Sitio en esa región, y las noticias que tenemos de las actividades enemigas, no son muy optimistas.

De los cañones 88 emplazados en el fuerte. A uno se le salió el líquido del freno, y por lo tanto no funciona, es urgente arreglarlo cuanto antes. El armero que está allá en Tarapacá, es muy capaz... sólo falta la glicerina para la mezcla, y como allá no ha sido posible conseguirla usted debe llevarla... hizo otra pausa, encendió un cigarrillo, autorizó a los presentes para que hicieran lo mismo y continuó: Hay orden de reservarle a usted pasaje y cupo para el tambor del líquido, en el trimotor que sale pasado mañana en las primeras horas, rumbo al Sur. Otra pequeña pausa y llamando por su Grado y nombre al Jefe de Material de Guerra, presente en la reunión, le dió la orden siguiente: A las seis y media de la mañana, de pasado mañana jueves, debe ser entregado, en el aeródromo de Techo, el tambor conteniendo el líquido de frenos al señor Capitán Bayona... ¿Enterados?... Puede retirarse Mi Capitán y éxitos en la frontera...

Dos días después en una mañana muy lluviosa llegué al aeródromo de Techo. Allá me estaba esperando un Suboficial con el consabido tambor de glicerina.

No hubo inconvenientes para abordar la máquina, pero antes de que el avión tomara pista, el piloto advirtió que no se podía fumar, pues se trasportaba material inflamable.

El viaje se hacía entonces por etapas, es decir en avión con tren de aterrizaje de ruedas hasta Palanquero, en dicho Puerto se transbordaba a otro con flotadores, ya que ningún puesto del Sur tenía pista de aterrizaje.

Antes de partir, el Capitán Roeder piloto del vuelo y el Capitán Humberto Bernal, Copiloto, advirtieron nuevamente, que no se podía fumar dentro del avión, por llevar material inflamable.

Varias horas de vuelo, desesperación de los fumadores por no poder fumar, sátiras al respecto, llegada a Puerto Boy después del medio día... A la mañana siguiente cuando abordamos nuevamente el trimotor, todos preguntaban si el Capitán Bayona continuaba con su equipaje de: **Prohibido fumar...** Más o menos a las dos de la tarde y después de una pequeña escala en Enea, acuatizamos en Tarapacá... Cuando me salí del avión y bajaron mi líquida encomienda, todos los pasajeros aplaudieron y todos entre chiste y chiste, daban gracias al constatar que mi tambor ya no los iba a incomodar más.

Viendo lo que sucedió, uno de los Oficiales de la Batería, el Subteniente Gerardo Cabrera, me preguntó ¿...De que se trata Mi Capitán? ¿Qué es lo que usted trae que tanto ha incomodado a los pasajeros?. Traigo le contesté, glicerina para arreglar el freno del 88... Esto es todo... Pero Mi Capitán, me respondió, Cabrera riéndose... Si los frenos de esos cañones no tienen líquido. funcionan con aire... Aquí no se necesita para nada eso que usted con tantas molestias ha traído...

### **Corolario:**

No les parece, que, siempre había un poquito de desconexión entre las Unidades y Guarniciones del Sur y los altos Mandos?...

## TENIA PICO Y PLUMAS

En Tarapacá, tuve la gran fortuna de contar con la colaboración de un selecto grupo de Oficiales.

Miguel Ovalle Paz, Fernando Morales, José Félix Martínez, Pedro Añez, Gerardo Cabrera, Rafico Lozano; el célebre Pote Avilez de Contador, el gran Abdón López de Médico, Charria Tovar de Ondontólogo, y el célebre Miguel Cuervo Araos, alias Urubú. Todos trabajábamos con gusto, todos nos ayudábamos mutuamente y entre todos convertimos ese lugar, en otro tiempo el peor de la frontera, en lo que cariñosamente llamaban algunos "La Perla del Sur".

Durante el año que tuve el honor de Comandar la Batería, y de ser el Comandante del Puesto, tuve soldados de tres contingentes y de tres Departamentos distintos. Primero fueron antioqueños, escandalosos, simpáticos, pero un poco indisciplinados; pero eso sí, especialistas para conseguir en las lanchas que llegaban al puerto vino quinado y cachaza, la cual la utilizaban los domingos en excursiones a la selva, dizque en busca de cacería y de pesca; pero en realidad lo que hacían era cocinar los patos y gallinas, que uno o dos días antes, habían desaparecido de los corrales de la guarnición.

Los antioqueños fueron relevados por boyacenses. En la Guarnición, no se volvió a cometer ninguna falta. Qué obediencia, qué disciplina, pero qué displicencia. Buenos trabajadores pero lentos, nada se les ocurría. Si uno los mandaba a cacería o a montar en la lancha o en la canoa, obedecían, sin dar muestra alguna de alegría o de pena; los domingos no se movían del dormitorio, la mayoría escribiendo a la mamacita o la novia... Algún Oficial me decía una vez: Qué lujo de Contingente este que tenemos, pero que aburrido que sean tan juiciosos.



Esa tranquila tranquilidad, desapareció con la llegada de un relevo de costeños. Que gritería, que carcajadas, que movimiento... Perezosos para cierta clase de trabajos, pero activísimos para otros... Aparentemente indisciplinados, pero nó, lo que pasa, es que si al boyacense estando firmes se le para un zancudo en la cara, no se mueve, se deja picar; si se le para el costeño, brinca, le pega con la mano y lanza una o dos imprescindibles interjecciones, pero por lo general cumple estrictamente las órdenes, las más de las veces con la sonrisa en los labios...

Le dí entonces, y hoy nuevamente le doy gracias a Dios, pues durante un año en que estuve de Comandante de la Perla del Sur, y con tres contingentes de diferentes altitudes, no se murió ni un sólo soldado, Bendito sea Dios...

La sobremesa después de mi primera comida en Tarapacá, fué bastante larga. Los Oficiales no dejaban de hacerme preguntas de Bogotá y yo también me iba enterando de todas las cosas de la Guarnición, no sólo por lo que veía, sino por lo que contaban mis compañeros.

En un momento en que hubo total silencio, se sintió afuera del comedor y un poco lejos, un ruido semejante al que hace una gallina cuando está empollando sus huevos. Alguno comentó: ¿Oyen la Boa?... está cacareando por el lado de la casa del Comandante comentó otro... El Teniente Ovalle, que hasta ese día había estado encargado del Comando de la Guarnición, ante el comentario anterior, para que el Capitán no fuera a tomar a mal lo que acababan de decir los Oficiales, refirió que en la Guarnición había una serpiente boa, que ninguno de los Oficiales la había visto, pero que todos los centinelas les habían informado, que cuando prestaban la guardia, ellos sí, los soldados de servicio, la habían visto, que era bastante grande, que cuando estaba quieta cacareaba, que por lo general salía del lado de la selva en dirección hacia la casa del Comandante de la Guarnición. A pesar de que los que decían que la habían visto, contaban que al menor ruido huía, yo siempre andaba de noche con mucho cuidado, siempre alumbrándome con la linterna, y sobre todo porque en no pocas veces, había oído, generalmente cuando principiaba la noche, por los lados de mi casa, el mismo cacareo que sentí en el comedor la noche de mi llegada.

Al frente de la ventana de mi pieza, había un árbol grande y de mucho follaje, y un centinela movable comentó una mañana, que la noche anterior él había visto la boa en ese árbol, que no le disparó, para no alarmar el puesto, y que cuando quiso matarla con la bayoneta, se había deslizado rápidamente hacia la selva.

Un buen día, cuando aún no había amanecido, y estaba todo oscuro, al moverme en mi catre, sentí el cacareo clásico, en el árbol que sombreaba mi ventana. Con la mayor lentitud, para no hacer ruido, tomé mi carabina U que siempre dejaba al pie de mi cama; con una filuda navaja hice un pequeño roto en el suave angeo, como para poder meter por ahí la boca de mi fusilito, me incorporé lo más silenciosamente que pude, y me dediqué a observar hacia el árbol... Estaba conteniendo el resuello para no hacer ruido, cuando sentí el cacareo entre las ramas... Cada brazo del árbol me parecía que era mi deseado animal... Por mi mente desfilaban felices pensamientos. Me parecía ver las caras de todos los de la Guarnición, cuando vieran el gran ofidio muerto al pie de mi ventana, y yo el héroe... Nuevamente sentí el cacareo y nuevamente mis ojos se fijaban más y más en el árbol para buscar mi presa. Un ligero viento movió suavemente las ramas y a mí me pareció que era el boa cambiando de sitio... Seguí observando, nuevamente el cacareo. Ya empezaba a aclarar y ya se podían distinguir menos borrosas las ramas... Hubo un momento en que me pareció ver mi deseado animal, y casi disparo, pero resolví no hacerlo hasta no estar completamente seguro... Ya era más visible el árbol, ya mis ojos estaban más acostumbrados a ver hacia lo oscuro y nuevamente el cacareo se hizo sentir...

De pronto el cacareo fué bastante fuerte, hubo un movimiento brusco en las hojas del árbol, y cuando creí que se había llegado el momento del disparo, un ave medio negra y medio gris, más o menos del tamaño de una paloma, salió del árbol cacareando y emprendió el vuelo hacia la selva.

#### **Corolario:**

No quedé, a pesar de todo muy defraudado, pues descubrí que el Boa de Tarapacá tenía plumas y pico... Desde esa madrugada nadie volvió ni a ver ni a sentir la tan temida **Boa**.

## SI ESTOS PASTOS CONVERSARAN

Con el aumento en la Guarnición de la población civil, los indios, y con nuestro creciente interés por mejorar cada día, todo lo relacionado con la vida y obras del Puerto, semanalmente mandábamos a Ipiranga comisiones de nuestros indios a traer semillas de plátanos; monopolizábamos toda res que transportara cualquier embarcación que por nuestros predios pasara, y encargábamos a las lanchas que nos llevaran animales tales como reses, cabras, marranos u ovejas, y los pagábamos muy bien, pues aún cuando parezca paradójico, lo único que no nos faltaba era la plata.

El Subteniente Rafael Lozano era el encargado de la hacienda, y a fé que su labor fué verdaderamente maravillosa. Un hermano de Lozano trabajaba en Bogotá en el Ministerio de Agricultura, y por tal conducto el Subteniente logró que le enviaran una buena cantidad de semillas de pastos; pero por equivocación, los sacos que las contenían fueron a dar a Leticia.

Por ese entonces, estaba de moda un tango que principiaba, así:

“Si esos pastos conversaran, esos pastos le dirían”.

El trimotor quincenalmente pasaba por Tarapacá, seguía a Leticia, en donde permanecía un día, y hacía una nueva escala en La Perla del Sur a su regreso para el interior del país.

El Subteniente Lozano, gestionó con el Capitán Estevez que lo llevara a Leticia y lo volviera a Tarapacá. Yo le dí el permiso, y Lozano se fué por su encomienda.

Tan pronto llegó a Leticia, con la ayuda del Teniente Ahumada, consiguió sus semillas, las embarcó en el avión, con lo cual cumplía su comisión; y luego, como era lo más natural, se puso con otros compañeros a festejar el gusto de encontrarse en esas lejanas tierras. Al día siguiente, y como era de rigor, la

despedida fué un poquito viscosa. Lozano no supo como había vuelto de Leticia a Tarapacá, más al llegar a este Puerto, despertó sobresalto, se arregló el uniforme y salió del avión al muelle movible del Río Putumayo.

Tan pronto como me vió, me saludó medio militarmente, y yo le pregunté: Bueno mi Teniente, ¿como le fué? Y él me contestó tratando de ponerse firme "Hay Mi Capitán" Si Esos Pastos Conversaran..."

El compañerismo entre los diferentes puestos era maravilloso. Santoyo en Puerto Boy, Tarazona en Enea, Cancino en Pedrera, Uscátegui, Duarte Blum, Ahumada y Villarreal &.&, en Leticia. Teníamos contacto a través de los aviones, y nos enviábamos diferentes presentes. El Teniente Ahumada nos mandó una vez, en un paquete de biberones, unas botellas de Whisky con el Mote de **Frágil - Tetero para los niños de Tarapacá...**

Hubo en una acción una maniobra aérea, por parte de nuestra aviación. Cinco aviones de caza, escoltaban algunos bombarderos. En Tarapacá hicieron escala, para seguir al día siguiente a Leticia; y como yo sabía que en el Puerto Amazónico, estaban en esos momentos muy escasos de carne, ordené que la Negra Elisa (no superada por nadie en esa clase de culinaria), preparara una marrana rellena; la empacamos en una caja —imitación mortuoria— y la enviamos para Leticia, con la escuadrilla y con una notica en que decíamos:

"Con cinco aviones de escolta  
lista para apercollar  
y por Orden de Micolta  
con un abrazo sincero  
Pa toda la Guarnición

Sin que les cueste dinero  
y sin que nos digan nada  
les enviamos por avión  
una enorme marranada

Manuelito el Comandante  
con su gentil entereza  
Va a pedir en el instante  
una dosis de cerveza...  
Duarte Blum será el primero

que con ademán extraño  
de un mordisco bien certero  
cause la lechona daño...  
Al Intendente Moreno  
no le gusta la lechona  
Pues dice que le recuerda  
el caucho para Bayona...

Y esa marranada, seguramente era revirada con un buen  
pescado, con una enorme tortuga y por más que todo, por sin-  
ceros, pero sinceros abrazos.

## LA LAVADORA DE TARAPACA

En 1935, no existía la Sexta Brigada, y todos los puestos del Orteguzaza, Caquetá, Putumayo y Amazonas, dependían del Destacamento del Sur, cuya sede era Caucaya —hoy Leguizamo— y cuyo Comandante era el Teniente Coronel de Artillería José D. Solano. El antiguo General Ignacio Moreno desempeñaba el cargo de Intendente General del Sur. La Región continuaba en ese entonces en estado de sitio, y el binomio Moreno-Solano, se entendía perfectamente, trabajaba de común acuerdo y estimulaba de manera especial la colonización.

En vista de lo anterior, y fuera de la natural alarma en que teníamos que estar, dadas las circunstancias, en el Puerto de Tarapacá formamos una concentración de indios Huitotos, les dimos toda clase de garantías, los estimulábamos, los ayudábamos y ellos a su vez nos trabajaban en las innumerables obras de una Guarnición en plena selva. Las indias se ocupaban, fuera de los quehaceres de su hogar, en el lavado de ropa del personal de tropa y recibían por lo tanto una buena paga que ellas gastaban casi siempre en baratijas.

Día a día se aumentaba nuestra colonia, día a día se construían nuevas casas para familias indígenas alejadas del centro de la Guarnición, y su Capitán Rumualdo, un indio alto y fornido era su Jefe. Los indios decían que Rumualdo era el Capitán Grande, que a él le obedecían, pero que el que mandaba en todo, era el Capitán Chiquito, refiriéndose a mí.

Son muchas las anécdotas de esta época, pero tan sólo relataremos algunas.

Un payanés de apellido Vernaza, de muy buena familia, inteligente, simpático, se aficionó tanto a los toros, que se hizo torero y con el remoquete de Joselito, toreó en varias ciudades y pueblos del país, y hasta llegó a torear en Bogotá.

Cuando el conflicto, se fué para el Sur a defender a su Patria, y dados algunos conocimientos que tenía de ingeniería, y sus muchos de mecánica se enroló en la Lancha Demetrio Salamanca como ingeniero de la misma.

Un buen día, la lancha se dañó, la enviaron a reparación a Manaos, y a Joselito Vernaza, nombre con que lo conocía todo el mundo, le ordenaron que se quedara en Tarapacá, mientras regresaba reparada su embarcación.

Joselito ayudaba en todo los trabajos, especialmente en los que tenían relación con los motores.

Un buen día llegó feliz a mi Comando y me dijo: Mi Capitán, me he ganado un sancocho de gallina, venga y le muestro. Me llevó a un galpón en donde estaba arrumada por inservible una máquina lavadora, y me demostró como él la había arreglado, y cómo desde ese día, él se encargaría de lavar con ella la ropa de la tropa... Yo lo miré pensativo y agradecido y le dije: Joselito me hace el favor de engrasar la lavadora, ponerla en condiciones de que no sufra ningún desperfecto, y dígame para cuando quiere el sancocho, que con creces se ha ganado, y no le diga a nadie que la máquina sirve... Pero Mi Capitán me dijo... Yo no lo dejé seguir hablando y lo interrumpí diciéndole: Joselito, ¿qué vale más, el lavar la ropa mecánicamente y economizar unos pocos centavos o el darles oficio y dinero a nuestras indiecitas? ¿...Que haré yo ¿que harán ellas y en qué nos queda todo lo que hemos luchado por atraerlas si ponemos a funcionar esta lavadora? ...No me dejó acabar ...Mi Capitán, usted tiene más razón que el Diablo ...Para el sábado el sancocho...

El viernes vísperas del sancocho, llegó al puerto la lancha Salamanca ...Joselito ocupó su puesto y una hora más tarde salía la embarcación rumbo a Caucaya.

Al embarcarse mi amigo, yo le entregué las gallinas que tenía para el sancocho. Me estrechó la mano y se le salieron las lagrimas. Jamás pensé que era la última vez que le estrechaba la mano, esa mano que había matado en franca lid más de una res brava ...Subiendo a Caucaya, Joselito fué atacado por fiebre pernicioso y murió ...Fué enterrado a orillas del Putumayo en un sitio que se llamó desde entonces PUERTO VERNAZA.

## LOS Y LAS MISIONERAS

En la Historia Patria de Henao y Arrubla, hay un bello capítulo dedicado a los primeros Sacerdotes que llegaron a La América y cuyo título es: LOS CONQUISTADORES PACIFICOS.

Me remordería la conciencia, si en estas deshilvanadas anécdotas artilleras, y especialmente en las relacionadas con mis permanencias en el Sur, no les dedicara unas pocas palabras, a los capuchinos y a las vicentinas.

Varios fueron los misioneros que vivieron con nosotros en la selva, pero para no hacerme interminable, sólo me referiré a Lucas y a Javier.

El primero, de genio alegre, respiraba y comunicaba optimismo; siempre listo para todo, especialmente para servir. Con esos calores tropicales, nunca demostró ni cansancio ni molestias, a pesar de tener que estar siempre con el hábito franciscano. Si había buena alimentación, la saboreaba gustoso, si no la había, gustoso también comía lo poco o lo malo que hubiera. Aprendió a manejar la canoa para cumplir mejor su misión; y nosotros nunca pudimos saber, quien le ponía al día, en las múltiples anécdotas del General Bustamante, con las cuales nos hacía reír a carcajadas, en las sobremesas de la comida... Jamás pensó en el centavo. Amplio. Disimulaba nuestras faltas sin perder su posición de Sacerdote, y no solamente era el discípulo de Cristo, sino el amigo de todos, especialmente de los indios.

Y Javier? Muy joven ingresó a la Comunidad, y desde entonces procuró que lo mandaran a misiones. Lo logró, y en ellas se dió cuenta, de que el verdadero misionero, necesitaba, no sólo tener los conocimientos del Sacerdote, sino los del hombre. Se salió y se dedicó por ello a estudiar medicina. Cuando comprendió que con lo que había aprendido, podía servir a sus se-



mejantes, volvió a su comunidad, se hizo Sacerdote y consiguió que lo mandaran a Colombia.

Un buen día, descendió del trimotor en el Puesto de Tarapacá destinado a las regiones de "La Chorrera", un joven Sacerdote y casi médico de nombre Javier. Parecía que hubiera nacido en la selva, dado el conocimiento que de ella tenía. Muy atrayente. Fácilmente se hacia querer.

Por las tardes se nos desaparecía, por una trocha que llevaba al Cothué. Alguno de los Oficiales, que lo había visto varias veces tomar esa ruta, resolvió un día seguirlo, sin ser visto, para saber a qué se dedicaba el Capuchino. Al terminar la jornada de trabajo diario, el Oficial se me presentó en el Comando, y me informó que Javier no tenía sino una sola muda interior y que lo que hacía en el río, era lavarla, y que mientras se le secaba, se cubría con el hábito.

Esa misma tarde, cuando con el Presidente de la Comisión de estuario, y con el Oficial de Detall, firmábamos la baja de dos camisas y dos pares de calzoncillos de los soldados, para regalárselos a Javier; los tres hacíamos comentarios poco favorables, respecto a algunos Sacerdotes colombianos, que tienen mucho que aprender, de esos, a quienes despectivamente llaman frailes Extranjeros.

Javier aprovechando que subía una canoa, partió rumbo a La Chorrera. Como al mes de su lamentada por todos, salida de Tarapacá, recibí una carta dándome gracias, por las atenciones que habíamos tenido para con él y me pedía una pareja de marranitos. Gustoso se los envié en un viaje expreso.

Diez años después, cuando yo era Comandante de la Sexta Brigada, recibí otra bella carta del ilustre levita; en ella me deseaba éxitos en mi labor y me repetía los agradecimientos por los marranitos, que según él, y gracias a Dios, se habían multiplicado como los descendientes de Abraham. Tenía ya dos lustros de ejercer su triple apostolado de sacerdote, de médico y de colonizador.

A fines de 1970, es decir, a los 35 años de estar en esas regiones, fué traído a Bogotá gravemente enfermo. Y antes de que terminara ese año emprendió el viaje, no ya hacia la selva, sino a encontrarse con otro misionero que como él dejaron sus huellas en nuestra Patria: San Pedro Claver.

En mitad del Río Putumayo, al frente de Tarapacá, estaba fondeado el antiguo barco JAMARY, desmantelado de sus elementos de movimiento, y destinado a Nave Hospital.

Un médico Jefe, farmaceútas, enfermeros y tres Hermanitas Vicentinas ... Los calientes días pasaban para este personal, con la monotonía del paisaje. Abajo río Arriba cielo, y a los lados la misma verde oscura selva.

Una tarde, visitaba en el salón que servía de enfermería, a un colono que agonizaba víctima de una fiebre perniciososa.

Una de las hermanitas le aplicaba una inyección. La más joven con su peculiar acento antioqueño, lo animaba manifestándole, que parecía que la enfermedad estaba cediendo; y la otra, paisana de la anterior, traía unos pedazos de hielo, para cambiar los que ya estaban licuados en la bolsa. El colono, con un acento medio pastuso, a pesar de la gravedad en que se encontraba, me fué diciendo, a la vez que me miraba fijamente: Mi Capitán, cuando perdí a mi madre, hace mucho tiempo... Hizo una pausa y con voz débil prosiguió: Me vine para estas regiones ... No pensé nunca que a la hora de mi muerte, fuera atendido, no sólo por una, sino por tres madres ... Se reclinó sobre la almohada y se quedó como semidormido.

Las hermanistas seguían prestándole sus servicios, de acuerdo con las instrucciones del médico, que en ese momento le tomaba el pulso. El galeno ordenó una nueva inyección, a la vez que decía con cierto optimismo... Parece que ésto está cediendo.

Yo me retiré del salón, me fuí para la cubierta, me senté de horcajadas en una silla y mientras miraba la espuma que formaba el agua del río al estrellarse contra la quilla del barco, me puse a meditar... Por lo que yo sabía de las tres hermanitas, la una entrada en años, era la superiora. Nacida en un pueblo de Boyacá y con más de seis lustros de vida religiosa. De familia humilde pero honrada y de muy pocos recursos. En cambio las otras dos, pertenecían a distinguidas y ricas familias de la Capital de la montaña; la hermana de una de ellas había figurado como candidata en un concurso de belleza, y era, como la mayoría de sus amigas, aficionada a toda clase de diversiones. La otra, hija única mujer de un hogar en donde eran siete hermanos, tuvo que luchar mucho, rogar mucho, para que sus padres le permitieran que se hiciera religiosa.

¿Será cierto, me decía yo mismo, que estas jovencitas hayan abandonado todo, para venirse gustosas a estos morideros; para soportar permanentemente estas nubes de zancudos, estos fuertes y húmedos calores, todas esas incomodidades, para servir con amor de madres, a individuos que, como el que agonizaba en el salón, no sólo no pertenecen a sus familias, sino que hasta hace unos pocos días, lo conocieron por primera vez?...

Y por mi mente desfilaban muchas otras regiones de la selva en donde las hermanitas Vicentinas, igual que sus hermanas de Tarapacá; con la dulzura de la mujer, con el cariño de la hermana y con el amor de Dios, cuidan a sanos y a enfermos, ayudando a los moribundos, y dando ejemplo no sólo a sus paisanos y compañeros, sino a todos y a cada uno de los colombianos...

CAPUCHINOS Y VICENTINAS, vosotros sí sois verdaderos discípulos del Crucificado...

## EL GRUPO DE ARTILLERÍA "LA POPA"

Entre 1936 y 1938, hice el Curso de Estado Mayor, con un muy selecto grupo de Oficiales del Ejército y de la Aviación, entre los cuales estaban cinco compañeros del Arma.

Al terminar mis estudios superiores, fui nombrado Comandante del Grupo de Artillería La Popa, y como tal llegué a Barranquilla en Julio de 1938.

Un esclarecido personal de oficiales, formaba la planta de la Unidad, distinguiéndose entre ella el trinomio de Oficiales costeños formado por los Subtenientes César Cabrera, Joaquín Senior y Arrázola Madrid.

Corta fué mi estada en esa Unidad, pues un viejo paludismo complicado con una deficiencia hepática, hizo que tuvieran que evacuar me, algunos meses después de mi arribo a la bella Barranquilla. Entre las muchas anécdotas que recuerdo de esa época, quiero contar dos, que si bien no son del todo muy militares, si son dignas de conocerse.

## LOS PILOTOS DE LA SCADTA

En el año 1938, cuando yo comandaba el Grupo, los vuelos de Avianca (en ese entonces Scadta) eran bastante reducidos, especialmente si los comparamos con los de hoy.

No hacia mucho, algunos ex-discípulos míos, posteriormente excelentes pilotos, habían ingresado a la Compañía Colombo-Alemana, y efectuaban sus vuelos a la Capital del Atlántico. Concha Venegas, Fernández, López, por lo general tenían vuelos en las horas de la tarde, llegando a Barranquilla más o menos a las 5; y con bastante frecuencia iban al Casino a visitarme, a jugar un chico de billar, o a contarme los últimos chismes bogotanos.

Por lo general los domingos, llevaban a cabo un vuelo que terminaba en la Capital del Atlántico a eso de las dos de la tarde, y del mismo aeropuerto de Soledad, me llamaban, para ir conmigo, especialmente Concha Venegas y Fernández, a las grandes partidas de foot-ball que en el Estadio Montes, tenía lugar, por entonces, entre los mejores equipos del Litoral. Ellos, eran casi como yo, aficionadísimos a tan bello deporte.

Terminada la partida, casi siempre seguíamos para el Casino. Si he anotado lo anterior, es para dejar una grata constancia respecto a la disciplina y conducta de los militares aviadores, y más si se tiene en cuenta, que Concha y Fernández, antes de ingresar a la Escuela de Aviación, fueron Artilleros.

No digo yo, pues en mi época de Barranquilla mi salud no me lo permitía, pero los Oficiales del Grupo, nunca lograron que los pilotos se tomaran un sólo Whisky o una botella de cerveza. La sed de esas calurosas tardes de Julio y Agosto, la calmaban con limonada, y ante la insistencia de sus compañeros, para que se tomaran una sola copita de Escocés, bien aguado y con bastante hielo, siempre contestaban: No podemos, mañana tenemos vuelo ... No podemos.

De igual manera, nuestras tertulias en el Casino, nunca se prolongaron después de las nueve y media de la noche, pues ellos deberían estar presentes en el Casino de la Scadta antes de las diez.

### **Corolario:**

¿Se cuidarán los pilotos de 1973, como se cuidaban los de 1938?...

## **LA VOLUNTAD DE UN OFICIAL**

Entre los Oficiales de "La Popa" bajo mis órdenes, tenía uno, de una inteligencia poco común, de una atrayente simpatía, gran trabajador, incomparable amigo y mejor compañero, pero un poquito aficionado a la "sangre de las botellas", sin que por ello dejara de ser un excelente cumplidor de su deber.

El día del matrimonio del Teniente Alfredo López Ramos, en ese tiempo ayudante del Comando de la Segunda Brigada;

los Oficiales del Grupo asistieron a la boda y por ser de la misma arma que la del novio, fueron especialmente atendidos por la familia de la novia, la encantadora Ligia Gutiérrez.

El Oficial a que me refiero, llegó con otros compañeros al Casino de "La Popa", algo tragueado (como era natural) más o menos a las siete de la noche, en momentos en que con el Oficial de Servicio, tomábamos la comida. Con dificultad, pero con respeto y disciplina me saludo, y tomó asiento en una silla mecedora. Un rato después se levantó trabajosamente y pidió permiso para retirarse a la calle. Yo lo demoré, y muy amigablemente le aconsejé, que como era todavía muy temprano, lo mejor que podía hacer, era comer algo, tomarse una taza de café negro, acostarse, dormir un rato, luego sí salir a la calle, después de un baño y de un cambio de vestido. Aceptó incondicionalmente mi consejo, y se retiró a su pieza.

Yo salí a pasar una revista a las dependencias del Cuartel, pero antes de retirarme, pasé por la pieza del Oficial y constaté que dormía, semi-vestido, tranquilamente.

Más o menos una hora después, regresé de mi revista, y al preguntarle al Mayordomo del Casino, si el Oficial había comido alguna cosa, o si aún no se había despertado, me informó, que un momentico después de mi salida, lo había llamado, le había pedido un tinto, se había dado un baño, cambiado de vestido, apurado el café, y tranquilo había salido no sabía para donde.

Yo me retiré a mi pieza y me dormí.

Serían las dos de la mañana, cuando sentí, que desde la calle llamaban. Corrí la cortina de la ventana de mi pieza que daba hacia la Avenida, y ví un carro parado frente a la puerta del Casino, y el chofer fuera del vehículo, llamando a voz en cuello. Me puse la bata, y salí a enterarme de lo que pasaba. El Mayordomo del Casino también salió, al sentir los grandes gritos del moreno chofer. Recójanlo, métenlo y págueme, nos dijo el negro.

Con la ayuda de él, y con la del Mayordomo, sacamos al Oficial de entre el carro, y en puro peso lo llevamos con trabajo, hasta su cama, le quitamos el calzado, la blusa y lo acostamos. Pagué lo que me pidió el conductor del carro, y nos retiramos, yo para mi pieza, el Mayordomo para la suya.

*J. C. Durán*

Jamás le dije, ni el Oficial me dijo a mí, ni una palabra de lo ocurrido, pero sí supe, que él al día siguiente le preguntó al Mayordomo cómo había llegado, quien lo había entrado, quien lo había acostado, y quién había pagado el servicio del auto; y que cuando el Mayordomo le había respondido que el Comandante del Grupo había hecho todo eso por lo cual preguntaba; el Oficial solamente había dicho en medio de su guayabo: "Mientras Bayona esté aquí, yo no me tomaré jamás un trago", y voy a demostrar "quien soy yo"...

### **Corolario:**

Durante mi permanencia como Comandante del Grupo, fueron varias las oportunidades en que tuvimos motivos especiales para tomarnos una copa. Sin embargo, el Oficial a que me refiero, cumplió su promesa en forma verdaderamente impresionante, y supliendo con creces su afición al licor, se dedicó al estudio, y al trabajo. Que gran trabajador, que gran amigo, que gran compañero...

## **ESCUELA DE ARTILLERIA**

Al finalizar el año de 1938, fueron designados, como Comandante de la Escuela de Artillería y como Segundo Comandante y Oficial de Detall, los señores Teniente Coronel Delfín Torres Durán y Mayor Ricardo Bayona Posada, respectivamente.

Había conocido al Teniente Coronel Torres Durán en el año de 1927 en el Grupo de Artillería "Bogotá". El era Oficial de Detall de la Unidad, y yo el Teniente Ayudante del Grupo; y había tenido el gusto de terminar con él apenas unos pocos meses atrás, el Curso de Estado Mayor en la Escuela Superior de Guerra, por lo tanto me era muy fácil cooperar gustoso con tan distinguido Oficial, quien además de su gran preparación militar, de sus conocimientos en humanidades y en idiomas, poseía una caballerosidad y una educación, poco comunes. El Coronel tomó para sí las clases de Táctica, y yo la de Instrucción y mando, una y otra se complementaban, y como juntos éramos discípulos del Coronel Braund, no había motivos de discrepancia en la preparación y educación de los Oficiales, tanto de planta como de los llamados a hacer el Curso del Arma para ascenso.

Considero honradamente, que en el año de 1939, la Escuela de Artillería cumplió con creces su misión, habiendo terminado el año con unas maniobras importantes en Santandercito.

## EL CARRO FANTASMA

Un buen día se presentó ante el Comandante de la Escuela, uno de los Oficiales de la misma, y le manifestó, que tenía un problema, para el cual le rogaba, su consejo y su ayuda. De qué se trata? ...Le preguntó el Teniente Coronel Torres Durán?

Mi Coronel, le manifestó el Oficial, tengo un carrito, se cumplió el tiempo de cambiarle las placas, y francamente no he tenido manera de hacerlo. De manera que no lo puedo usar con placas caducadas ...Pero lo peor Mi Coronel, es que le subieron al arrendamiento del garaje, y me parece un gran error pagar garaje para un carro que no se usa, y más ahora que necesito ahorrar, para sacar las nuevas placas; por lo tanto he pensado, y eso es cabalmente lo que me ha hecho venir a hablar con mi Jefe, que si mi Coronel me diera permiso para traerlo a la Escuela, me solucionaría el asunto. El Coronel se quedó meditando un momento, cuando el Oficial prosiguió: En el tramo de las pesebreras, al final de las mismas, hay dos dobles, en una se guarda la Zorra de la Escuela, la otra está desocupada. Si mi Coronel me autorizara, yo podría guardar ahí mi carrito, mientras arreglo el problema... Que favor me haría mi Coronel... No me diga más, dijo Torres Durán, traiga ahora mismo su vehículo y estudie la manera de que el Contador, le haga un anticipo, que yo lo ayudo.

Al día siguiente, un carro menos feo, y menos viejo, de lo que todos se imaginaban, desprovisto eso sí de placas, ocupaba la pesebrera doble a un lado de la de la Zorra.

Pasaron algunos días y una mañana llegó al Comando una Nota averiguando si un automóvil de placas militares X.X., pertenecía a la Escuela. Como la Unidad tan sólo tenía una camioneta, de serie y placas distintas, a las que se refería el Oficio, se informó negativamente.

Días más tarde, llegó un parte del General Castañeda, Comandante de la Brigada, en la cual se quejaban de que un



carro militar, pues tenía placas militares (las mismas que las del Oficio anterior) había cometido durante la noche anterior una serie de infracciones de tráfico, no había obedecido las órdenes de las patrullas de policía y que casi se había estrellado contra un tranvía. Y terminaba el parte de la Brigada, manifestando que era necesario, que todo el personal de la Guarnición, cooperara a fin de descubrir el carro militar fantasma, que estaba desprestigiando al Ejército.

Ni el carro apareció, ni volvió a llegar ningún Oficio al respecto; sólo que dos días después de la segunda Nota de la Brigada el Oficial dueño del carro que había permanecido sin moverse en la pesebrera del Grupo o Escuela, se presentó con sus nuevas placas, se las colocó a su automóvil, le dió las gracias al Coronel Torres Durán y se llevó su vehículo.

#### **Corolario:**

Pasados algunos meses, casi un año, cuando ya ni el Coronel Torres Durán, ni el Mayor Bayona Posada pertenecían a la Escuela de Artillería, el Oficial dueño del carrito, les refirió a sus compañeros, mientras alegres apuraban algunas copas lo siguiente:

Recuerdan ustedes las notas aquellas del Comando de la Brigada, aquellas de Mi General Castañena relacionadas con un carro fantasma, que nunca pudieron localizar...? Pues bien, el carro fantasma era el mío...

La Zorra de la Escuela trabajaba todo el día, y antes del oscurecer, era metida en la pesebrera-garaje, contiguo al que ocupaba mi Forcito. Yo llegaba ya entrado la nochecita, le quitaba las placas a la zorrita, cuya numeración y serie eran muy distintas a las de los automóviles, se las ponía a mi carrito y salía tranquilo a dar mis paseitos. Al amanecer, generalmente llegaba, le pasaba las placas que había usado a su legítima dueña, la zorra, y todo como si no hubiera pasado nada...

Ese era el **Carro Fantasma**.

## GRUPO SAN MATEO

A fines de 1939, estaba yo encargado de la Escuela de Artillería, pues hacía cuatro meses que el Titular, Teniente Coronel Delfín Torres Durán, había sido ascendido a Coronel, y nombrado Comandante de la Tercera Brigada.

Un Sábado por la tarde, el Teniente Emilio Uribe Arango, me dijo: Mi Mayor, se que usted está trasladado al Comando del Grupo de Artillería "Palacé" pero como usted aún no esta del todo curado de su afección palúdica, y Buga como usted bien lo sabe, es bastante caliente, sería bueno que se defendiera antes de que salga el Decreto.

Esa misma tarde tomé contacto con mi compañero de Escuela de Comercio, mi amigo de muchos años y mi pariente Carlos Largacha Manrique, en ese entonces Secretario del Presidente Santos.

Mira Carlos le dije: Me han dicho que estoy trasladado a Buga, yo no me he buscado nunca Guarniciones y he ido a donde me han mandado, pero como todavía estoy en tratamiento, me gustaría más bien ir al San Mateo, en Caldas Antioquia mientras me acabo de mejorar.

Está bien, me dijo Largacha, todos los Decretos pasan por mis manos, y no he visto al que tú te refieres, pero el lunes en las horas de la mañana yo te llamaré a tu Escuela y te pondré al corriente.

Como a las 11 de la mañana del lunes, me llamó Carlos por el teléfono y me dijo, cuando llegué hoy a mi Despacho encontré el Decreto con tu nombramiento a Buga; se lo llevé al Presidente para la firma, tal como lo hago siempre, y al entregárselo le conté tu caso; inmediatamente ordenó que se hiciera mandándote a Caldas, lo que así se hizo. Estás servido. Aquí debo dejar expresa constancia, de que ésta no ha sido la

única ocasión, en que el doctor Eduardo Santos, ha tenido rasgos de caballerosidad y gentileza para con la familia Bayona Posada.

Por la tarde, antes de dirigirme a la Escuela de Artillería, entré al Ministerio de Guerra, con el objeto de conocer algo sobre mi traslado.

Caminaba por uno de los corredores del edificio, cuando un alto Jefe que trabajaba en el Departamento de Personal, me llamó y cuando estuve cerca de él me dijo: Mire Mi Mayor, usted estaba de candidato para Buga, pero como yo se que a usted por ahora no le sienta la tierra caliente, logré que lo destinaran al "San Mateo", buen clima para su salud... Lo miré fijamente y me pareció que no le había gustado mucho la forma como lo había hecho, pues dijo. Con su permiso y se retiró.

Entré al Departamento de Personal, en momentos en que estaba ahí el Jefe a que me refiero, cuando el Escribiente del mismo comentó: Mi Mayor, Mi Coronel nos contó aquí hoy, como él había logrado que en Palacio cambiaran el Decreto, para que lo mandaran a usted al "San Mateo".

Yo me reía para mis adentros, mientras mentalmente le pedía a Dios que me librara de proceder alguna vez en la vida, en la forma en que había procedido, o estaba procediendo quien por su grado, por su posición y por su antigüedad estaba llamado a darme ejemplo.

## BAILE DE HOMBRES

Eran las diez de la mañana del día siete de Enero de 1940, cuando con mi mujer y mis cuatro hijos arribaba a la ciudad de Caldas en las cercanías de Medellín. El Capitán Charry, Oficial de Detall del Grupo, y encargado de él, me tenía todo preparado, para que inmediatamente tomara el mando de la Unidad, lo que así se hizo.

Durante el mes en que el señor Capitán Charry estuvo encargado del Comando del Grupo, y por ende de la Guarnición, puso una vez más de relieve sus dotes de organizador, sus excelentes condiciones morales, su honradez profesional, su gran espíritu militar y también su mal genio.

En las cantinas de Caldas, era muy usual, que los hombres bailaran entre sí, tal como lo hacían los Cadetes de la Escuela Militar en el Casino de la misma; pero al Capitán Charry, no le gustó esa costumbre, la tomó a mal y no tuvo ningún inconveniente para manifestarlo públicamente.

Un buen día, pasó por uno de esos Cafés, en momentos en que danzaban algunos caballeros, entre los cuales pudo distinguir al peluquero de tropa del Grupo. Ahí mismo se dirigió al Comando, y dictó una orden, prohibiendo a todo el personal de la Unidad, el baile entre hombres dentro o fuera del Cuartel y anunciando la baja inmediata para quien desobedeciera la orden. Como era natural esta prohibición fue conocida, no sólo por todo el personal del Grupo, sino por toda la población de Caldas, y dió lugar a una serie de comentarios, favorables algunos, desfavorables la mayoría.

Dos días después de la comentada orden, algunos oficiales invitaron al Capitán, a una íntima reunión, en uno de los muchos y distinguidos hogares que formaban la sociedad de Caldas.

La música anunciaba el comienzo del familiar baile; el Capitán para dar ejemplo, se dirigió a la hija de los dueños de casa y por ende la más hermosa de la reunión, y la invitó a bailar. La aludida, sin moverse de su puesto, pero con un tono de voz que fue escuchada por toda la concurrencia, le dijo: Mire Capitán, yo no bailo bien y por lo tanto no quiero hacerle pasar a usted un mal rato, pero en lugar mío, saque y baile a mi hermano, que lo hace muy bien.

**Corolario:**

Al día siguiente las opiniones entre los Oficiales estaban divididas, unos opinaban que la bella antioqueña, le había tomado el pelo al Capitán, otros que nó; que ingenuamente había procedido de acuerdo con la costumbre de la ciudad.

## EL SUICIDIO DE SAN MATEO

Cuando se fundó el Grupo "San Mateo" en la ciudad Antioqueña de Jericó, la Remonta adquirió en la región, con destino a la nueva Unidad, un buen número de semovientes. El primer caballito que llegó a los corrales del grupo, fue un animalito overo, chiquito, mansito, feo, y por ser el primero fue bautizado con el nombre de San Mateo.

Cuando el Subteniente Enrique Mendoza Campo, llegó al Grupo, ya en la ciudad de Caldas, le fue asignado para su servicio el célebre San Mateo. Mendoza desde ese día, formó con su San Mateo, algo así como un centauro, El caballo oía hablar al Teniente y paraba las orejas y movía la cola, lo veía llegar al célebre potrero del Revenidero y se iba a recibir las caricias que Mendoza le prodigaba; el Teniente a su vez, por las tardes en las horas libres, salía a dar su paseo de popularidad montando su Overo. A Yolanda, la novia de entonces, y hoy su sin igual esposa, le pasaba, cabalgando su San Mateo; si había carreras o concursos hípicas, siempre tomaba parte en ellos en su querido caballito, no importaba la clasificación en que quedara; y no tenía inconveniente en montarlo para jugar polo, compitiendo con los importantes caballos de los Echeverría.

Una vez hubo en el Batallón de Infantería Girardot, en Medellín un concurso hípico organizado por el Oficial del Batallón, Mayor Laurentino Fernández. El Ayudante del Grupo, Teniente Luis Carlos Turriago, montaba el caballo del Mayor Bayona, de nombre Patán, y el Teniente Mendoza su célebre San Mateo. Este último Oficial, como era de esperarse, no dejó un sólo obstáculo en su puesto, y Turriago, no sólo nervioso por el concurso en sí, sino porque le tocaba después de Mendoza, se presentó, más trabado que de costumbre al Señor Coronel Piedrahita, Comandante de la Brigada y Presidente del Concurso así: **Teniente Patán, Caballo Turriago...**

Al terminar el concurso, la pareja Turriago Patán o Patán Turriago, se adjudicó un bello trofeo, como ganador del segundo puesto. Mendoza San Mateo, batieron el record de faltas, antes de la descalificación.

Un buen día hubo en Medellín un Desfile Cívico y el Comando de la Brigada, ordenó la asistencia de los Oficiales del Grupo en traje azul y a caballo.

Para ese entonces la Unidad había recibido, una muy buena caballada, la cual fue entregada en Bogotá y llevada de la Capital de la República a la Capital de Antioquia, por el Subteniente Humberto Torres Mayorga.

Los Oficiales estábamos muy entusiasmados con la presentación pues es costumbre de los Artilleros, cuidar sus caballos y darse el lujo de presentarlos como para exhibición.

La víspera del Desfile, el herrero revisaba herraduras, los palafreneros arreglaban cola y crines, y todos y cada uno de los Oficiales estaban pendientes de que la mejor presentación de sus respectivos caballos.

Mendoza, como era natural, arreglaba la cola de su **overo**, cuando el total de los Oficiales, protestó por la llevada de San Mateo, siendo así que en la Unidad quedaban sobrantes en ese día, dos caballos de bella estampa y magnífica presentación. Unos tomando el asunto en chiste, otros tomándolo en serio, convencieron al fin a Mendoza de que para la Revista de Medellín, debía montar otro animal.

Se llegó la hora, de embarcar los caballos rumbo a Medellín. San Mateo recibió las últimas caricias de su Teniente y fue enviado con los sobrantes al potrero. Con nostalgia, según Mendoza, vió el animalito como no lo llevaban a él, que siempre era el primero en todo.

El Desfile en la Capital de Antioquia fue maravilloso y la mayor parte de los aplausos del numeroso público, que desde las principales calles presenciaba el espectáculo, fue para los Artilleros. Entre Medellín y Caldas, los Oficiales comentaban el éxito y le hacían la burla a Mendoza por el desprecio que le había hecho a su caballo, su inseparable jamelgo.

Cuando llegamos a Caldas y nos bajamos del carro, el Palafrenero Mayor, Sargento Cuenca, quien llegaba en esos mo-

mentos, de pasar revista al ganado, se acercó al Grupo de Oficiales y casi sin saludar, dió la fatal noticia: San Mateo se había rodado por un despeñadero y estaba muerto.

**Corolario:**

Después de unos momentos de completo silencio, producido por la fatal noticia, el comentario general, era que la muerte del caballo, no había sido casual, sino que, el Gran San Mateo, al verse despreciado por su Teniente, Voluntariamente se había botado por el rodadero...



## ESCUELA DE ARTILLERIA

En Abril de 1944, tuve la más honrosa distinción que en servicio activo puede tener un Artillero: Fuí nombrado Comandante de la Escuela de Artillería.

Desgraciadamente los lamentables sucesos del 10 de Julio de ese año, no permitieron que se pudiera desarrollar una verdadera labor dentro de la Escuela y militarmente sólo se pueden destacar los ejercicios de tiro, que dentro de dos semanas de campaña, efectuamos en la región de Chocontá.

## RETRATOS PADRES DE LA ARTILLERIA

Cinco años antes de la época a que me estoy refiriendo, es decir, cuando como encargado Comandaba la Escuela del arma en el año de 1939; les referí en mis clases a los Tenientes del curso, algo de lo que habían sido para la Artillería los señores General Campo E. Duarte y Coronel Luis Ramírez. Los Oficiales, en vista de mis charlas, me propusieron que colocáramos en el Salón de Clases, los retratos de estos dos esclarecidos Jefes. La propuesta fue aceptada con sumo placer, les pedimos los retratos a los agraciados; por contribución espontánea y gustosa financiamos las ampliaciones y marcos, y se fijó la fecha para la entronización de los viejos compañeros del arma, en la Sala de Estudio. Pero unos días antes de la fecha escogida el Mayor Bayona fue trasladado y los retratos no fueron colocados en donde estaba proyectado, ni en ninguna parte.

Pero un lustro después, el Teniente Coronel Bayona Posada se dió el gusto de programar, precisamente para la misma fecha de cinco años atrás; lo que no se hizo entonces, y quizá con más solemnidad, y el cuatro de Diciembre de 1944 se llevó a cabo en la Sala de Clases, la colocación de las figuras de Duarte y Ramírez.

El Comandante de la Escuela en el solemne Acto se expresó así:

Señores: ¡Hace un lustro, un Grupo de Oficiales de esta misma Escuela, queriendo testimoniar su gratitud, para con los que pudiéramos llamar los Padres de la Artillería, resolvimos colocar sus retratos, en los Salones de Academias de Oficiales.

Tengo en mi poder, y las conservo con veneración y con cariño, las cartas que en ese entonces me dirigieron el General Duarte y el Coronel Ramírez. Ellas dicen lo que yo no puedo decir... Oigamos algunos de sus párrafos:

El General Duarte decía así: "El querer recordar ustedes mi modesta labor desarrollada en el Comando del Regimiento de Artillería, —nuestro querido Regimiento— me abruman y obligan a mi eterna gratitud. Mucho, mucho les agradezco, y en atención a sus deseos de nobles compañeros, tengo el honor de poner a su disposición mi humilde figura, de tres lustros atrás, cuando en el Grado de Coronel, desempeñaba el cargo de Comandante del Regimiento..."

El Coronel Ramírez, más explícito que su compañero se expresaba así: "No acierto con las palabras o frases apropiadas, que interpreten fielmente mis sentimientos, para expresarle debidamente mis más sinceros agradecimientos, por la noble y generosa iniciativa, de los señores Oficiales de la Escuela de Artillería, para discernirme el alto honor, de colocar en uno de los Salones de la Escuela, el retrato del más modesto y humilde de los artilleros, a quien le cupo en suerte llevar su prestigioso distintivo, desde la fundación del arma, con motivo de la reforma militar de nuestro Ejército, iniciada en el año de 1907..." "Tan nobles propósitos de mis excamaradas, vienen a testimoniar una vez más, el tradicional y verdadero compañerismo, que siempre han sabido exteriorizar los artilleros de ayer y de hoy —y que seguramente lo harán los del mañana— con manifestaciones como las que proyectan y que tan sólo son privilegios de las almas nobles".

Y continuaba así el Comandante de la Escuela: "Cinco años nos hemos demorado; más hoy con toda sencillez, pero con toda nuestra gratitud, honramos la gloria y la memoria de dos muertos, ya que el destino quiso que ellos no pudieran

estar presentes en esta ceremonia, cosa que sí hubiera sucedido, si ésta se hubiera llevado a cabo para cuando se programó hace un lustro.

Estos dos ilustres Artilleros simbolizan el esfuerzo personal. El General Duarte y el Coronel Ramírez se formaron solos. Niños aún con los pocos conocimientos adquiridos en Escuelas Primarias, ingresaron a la carrera de las armas. A base de estudio y de esfuerzo adquirieron los conocimientos necesarios para poder enseñarnos a nosotros. Y qué bien que nos enseñaron...”

### **Corolario:**

Cuando el Teniente Coronel Bayona terminó su discurso, se puso de pie el señor Teniente Coronel (en ese entonces Capitán) Guillermo Ramírez C., hijo del Coronel Luis Ramírez y ante el asombro de la numerosa y seleccionada concurrencia que asistía a la ceremonia se expresó así: Lo que acaba de decir mi Coronel Bayona, es tan cierto, que mi padre (muerto hace dos años) había escrito lo siguiente, para dar contestación a las palabras que en ese entonces iba a pronunciar el Mayor Bayona... Y el Coronel Ramírez, haciendo un esfuerzo supremo para vencer la emoción que lo embargaba en esos momentos leyó un sentidísimo discurso de su padre...

Creo, que en ese día, y en esos momentos hasta a los más valientes se les aguaron los ojos...

## **TERMINA MI COMANDO EFECTIVO DE ARTILLERIA**

Siendo Comandante de la Escuela de Artillería en febrero de 1945, fui nombrado, con cuatro distinguidos compañeros a una Comisión en los Estados Unidos de Norte América.

Al finalizar ese mes y cuando me encontraba visitando con mis compañeros la Escuela de Artillería de Fort-Sill en Okla, recibí un radio comunicándome mi ascenso a Coronel.

Este ascenso, fue el único en toda mi vida militar, que recibí con cierta nostalgia, pues comprendía, que terminaban con él, todos los Comandos directos de Artillería.

Cuando regresé a Colombia, dos meses después, estaba nombrado Inspector de Artillería; pero ese puesto, tal como el de ciertos nombramientos eclesiásticos para altos Jerarcas de la Iglesia, era prácticamente nominal.

En agosto de ese año, me honraron nombrándome Comandante de la Sexta Brigada. En Florencia, sede del Comando, la suerte me favoreció, pues el Grupo de Oficiales de la Unidad Operativa, y muy especialmente del Comando, era de selección; la mayoría Artilleros, lo que dió lugar a las siguientes anécdotas:

### **LOS ARTILLEROS SI VENIMOS AL SUR**

Una vez fui llamado por el Ministerio de Guerra a Bogotá, con el fin de tratar con el Estado Mayor algunos problemas fronterizos. Era Ministro de Guerra Don Luis Tamayo, gran señor, excelente caballero y con magníficas intenciones para desempeñar lo mejor posible su delicado puesto. Al despedirme de una entrevista que con él sostuve, me argumentó con cierta

tiradera: Coronel usted tiene en su Sexta Brigada una gran mayoría de Artilleros; están no más en el Comando usted, el Jefe de Estado Mayor, los Ayudantes, el Jefe de Personal de la Brigada, el Sujefe de Estado Mayor y hasta el Coronel Salcedo y mi pariente Santamaría Caro, estos dos últimos en obras de la Brigada... Y Sonriéndose me dijo: Coronel, por qué tiene tantos compañeros Artilleros allá?... Señor Ministro, le contesté amigablemente, porque los Artilleros no decimos no a nada, y por eso somos los únicos majaderos que venimos y repetimos Sur.

### FIEBRE AMARILLA

Pasaron varios meses, casi un año y yo fuí relevado en el Comando de la Brigada por el Coronel de Caballería José Ortiz.

Cuando me presenté ante el Señor Ministro de Guerra, Don Luis Tamayo, una vez entregada la Brigada a mi sucesor, me recibió con la caballerosidad que siempre lo ha caracterizado y después de una amena charla sobre los problemas del Sur, especialmente sobre las enfermedades y epidemias de la región, ya para despedirnos me dijo:

Bueno Coronel, que se trajo de allá y qué dejó? Me traje, le dije el vómito negro (alusión a la divisa de artillería) y les dejé allá la fiebre amarilla (alusión a la divisa de caballería), el Ministro Tamayo Comprendió, se sonrió, me estrechó la mano y me deseó éxitos en mi nueva repartición...

## COMANDOS DE BRIGADA Y NUEVE DE ABRIL

Posteriormente fui nombrado Comandante de la Tercera Brigada, en donde ocupé dicho puesto por más de un año. De Cali salí el primero de abril de 1948, ascendido a General, para asumir el Comando de la Brigada de Institutos Militares; es decir, que para el nueve de abril acababa de encargarme de la Brigada, y por ende, de la Guarnición de Bogotá.

Bastante se ha escrito y especulado sobre lo que fue esta dolorosa fecha y creo un deber en esta oportunidad, señalar lo que pudiera llamar TITULOS, respecto a personas o a actividades de estos días vividos por mí, no sólo intensamente, sino con la responsabilidad de ser el Comandante de Bogotá.

### TITULOS

1. El valor, la serenidad y el patriotismo del Presidente Mariano Ospina P.
2. La lealtad del Ministro de Guerra, señor Fabio Lozano y Lozano.
3. La patriótica actitud del doctor Darío Echandía en su charla con los Generales.
4. La deslealtad de la Policía Nacional.
5. La lealtad, valor y patriotismo de las Fuerzas Militares y muy especialmente de sus Oficiales y Jefes.
6. La serenidad del Comando de la Guarnición para discriminar y cumplir las mil órdenes recibidas, de acuerdo con la importancia del momento.
7. Con muy escasas excepciones, luchar contra el pánico general de los que hubieran podido cooperar en el mantenimiento del orden.

8. En los momentos más difíciles saber distinguir entre las noticias verdaderas y entre las falsas.
9. La lucha contra los franco-tiradores, la mayoría policías.
10. El ver y oír, una vez pasados los momentos de más peligro, cómo un gran número de civiles se decían salvadores de la Patria.

Fuera de estos diez anteriores títulos es mucho lo que puede contarse al respecto, pero, como un buen número de ciudadanos se decían salvadores de la Banca, de las Iglesias, de los edificios y sobre todo de personas importantes, entre ellas el Excelentísimo señor Arzobispo de Bogotá y sus Obispos Auxiliares, creo un deber de conciencia, para con los **Soldaditos** de mi Brigada, transcribir aquí la tarjeta que me escribió de puño y letra Monseñor Perdomo tarjeta que conservo con veneración y con cariño, y que cuenta con emoción, quienes fueron los que lo acompañaron y salvaron en los momentos críticos. La tarjeta dice así: **“Al señor General Bayona Posada, Ministerio de Guerra. Remite el Arzobispo de Bogotá. El Arzobispo de Bogotá, agradece profundamente al señor General Bayona Posada el utilísimo servicio que le ha prestado al facilitarle los tres valientes soldados para su custodia personal y del excelentísimo Obispo Auxiliar, cuya vida defendieron ayer admirablemente. Por lo que acabo de decir, el señor General comprende la necesidad que tenemos de esta escolta, la cual le ruego encarecidamente se sirva continuar otorgándonos durante la presente emergencia... de corazón envío mi bendición al señor General y a todo el Ejército, para que Dios los proteja en estos momentos... me es muy grato suscribirme del señor General, muy atentamente Ismael Perdomo, Arzobispo de Bogotá. 10 abril de 1948”**.

Creo que con lo anterior se puede cerrar una época de mi vida Artillera.

## EL FINAL DEL SERVICIO ACTIVO

Posteriormente fuí nombrado, y ejercí las funciones de Director General del Ejército y Jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Militares, cuando este puesto equivalía al más alto de la Jerarquía Militar.

A mediados de 1950, me nombraron Agregado Militar, Miembro de la Junta Interamericana de Defensa y Jefe de las Comisiones de Estudios, en Estados Unidos de Norte-América.

Al finalizar el año de 1951, regresé a Colombia, solicité mi retiro del Servicio Activo, el cual me fue concedido. Al terminar mi vida activa militar, tuve una de las mayores satisfacciones a que puede aspirar un soldado, pues un crecido número de Oficiales de todas las armas y de todos los grados, me dieron un Banquete de Despedida, habiendo escogido como lugar para tal homenaje, los comedores y salones de la Escuela de Artillería, es decir, mi última actividad militar del servicio activo, la tuve en mi querida Escuela de Artillería.

Para contestar a las bellas y generosas palabras con que el Coronel Luis J. Lombana me ofreció el homenaje, dije entre otras cosas lo siguiente:

“Los soles, los laureles y la espada con que la República ha premiado mis servicios, hacen hoy su entrada triunfal a mi pobre pero honorable hogar. Sí, a ese hogar, en donde la compañera que el Cielo me ha deparado y que gustosa me acompañó a todas las guarniciones de la República; les enseña a mis hijos al igual que los nombres de Jesús y de María el nombre de Patria; a ese hogar en donde se reza el Rosario y en donde la misma Imagen del Carmelo que velara los sueños de mis abuelos y de mi padres, vela los míos; a ese hogar en donde la bandera que de niño jurara defender, ocupa puesto de honor al lado de quien todo lo da, de quien todo lo puede, de quien todo lo perdona; a ese hogar digo, hacen hoy su entrada triunfal mis soles, mis laureles y mi espada, los primeros para que me sigan iluminando los caminos del cumplimiento del deber, los laureles, para que le sirvan de ejemplo a mis hijos y mi espada, para que siga, —como lo ha estado siempre— lista para defender a Colombia”.



## EL RETIRO

Cuando yo me retiré, no se porqué, la situación de los que abandonabamos las filas, después de más de treinta años de servir a la Patria, era bastante difícil, no tanto en el sentido económico, como en el sentido militar.

Eran contados en los dedos de las manos y aún sobraban dedos, los Oficiales en servicio activo que siguieron conservando conmigo una buena amistad. Parecía que los que vestían el uniforme le tenía miedo a los que ya no lo llevábamos. Cuando por algún motivo, como el sacar la cédula militar o el adquirir alguna cosa, teníamos que ir a las dependencias militares, parecía que en la frente tuvieramos un sello de malas personas, o de conspiradores, pues todos nos sacaban el cuerpo y nos miraban con recelo.

## VISITAS A LA PICOTA Y PEREIRA

Pero gracias a Dios, las cosas cambiaron, más o menos desde que el General Rojas subió al poder.

Estando de Ministro el General Arturo Charry, ordenó el remate de algunos semovientes, que el Ministerio tenía en la granja de la Picota... Yo, que al retirarme me había dedicado a trabajar en una granjita, me interesé por ver los animales que iban a rematar y con uno de mis hijos me fuí para La Picota; cuando llegué a la puerta de entrada, dos soldados pres-taban en ella servicio de vigilancia, tuve intenciones de devol-verme sin entrar, cuando uno de los uniformados se nos acercó y en forma por demás caballerosa nos preguntó que deseabamos, al enterarse del motivo de nuestra visita, no sólo nos facilitó la entrada sino que él mismo nos condujo al sitio en donde esta-ban los semovientes del remate. Yo francamente, no salía de mi sorpresa al ver la manera como nos estaba tratando el soldadito y de ahí que me atreviera a preguntarle, por su Coman-dante. El interrogado me respondió que era su Mayor Prada, yo al oír ese nombre tan conocido, de mi antiguo subalterno, le manifeste a mi acompañante que si sería posible hablar con el Mayor. Cabalmente estamos aquí cerca de la Oficina de Mi Mayor, siga por aquí. Minutos después, al comentar con el amigo Prada, Comandante de la Unidad, la forma como habíamos sido tratados, me dijo: No sabe como me alegro, Mi General, que lo hayan tratado así, no sólo por lo que usted y su grado se merecen, sino por que yo llevo casi un año de estar predicando y ordenando, el buen trato para con los civiles que vengan a estas dependencias militares... Y a fé que lo consiguió...

En julio de 1958, llegué a Pereira en asuntos particulares. Una vez instalado en mi hotel y después de haber efectuado algunas diligencias, pasé al Grupo San Mateo —mi antiguo y querido Grupo con el objeto de saludar a mis compañeros de armas. En la Guardia me informaron que los Oficiales estaban

en reunión, y que el Oficial de Servicio se encontraba, por los lados de La Milésima, bastante retirada del lugar en donde nosotros estábamos. Con el Comandante de la Guardia, dejé mi nombre y el motivo de mi visita.

A la mañana siguiente, cuando apenas me acababa de levantar, llegaron a mi hotel el Comandante del Batallón y una comisión de Oficiales, ni siquiera me dejaron desayunar en el hotel, pues ahí mismo recogieron mis maletas y me llevaron para el Casino. El Comandante me alojó en su apartamento del cuartel, pusieron a mi disposición el carro de la Unidad y todos sin excepción, se dedicaron a atenderme en forma especial. Dos días fui huésped de honor de mis compañeros, durante esas cuarenta y ocho horas, ante la gentileza de los artilleros, me sentí como si hubiera despertado de un sueño y gocé, sintiéndome nuevamente militar Artillero. El Comandante del "San Mateo", en ese entonces Señor Teniente Coronel Jaime Durán Pombo, con su gentileza y atenciones, me hizo olvidar, quizá sin saberlo, las desatenciones que otros, habían tenido no propiamente para Ricardo Bayona, sino para con un General de la República en uso de excelente retiro.

## NUEVAMENTE ESCUELA DE ARTILLERIA

En el año de 1960, fué nombrado Comandante de la Escuela de Artillería el señor Teniente Coronel Armando Vanegas M. Una de las mayores preocupaciones de este distinguido Oficial, fue la de tomar contacto y atraer hacia la Escuela a los viejos artilleros retirados . . . En lo que a mí respecta, en varias ocasiones visité las dependencias de mi Artillería y para colmo de todos (como decía un viejo Artillero) un buen día tuve el honor de llevar a cabo una charla histórica-artillera, con los Oficiales de Planta de la Escuela.

Las fiestas de la Patrona de ese año, tuvieron especial solemnidades; uno de los dos Oficiales Capitanes Chilenos, de los que estuvieron en Colombia en 1934, en misión de instrucción, vino nuevamente al País, ahora con el Grado de General, traído por la Escuela de Artillería para asistir a la Fiesta de Santa Bárbara. Con los Artilleros en retiro, se organizaron y llevaron a cabo todas y cada uno de los números del programa. Día a día, íbamos acercándonos más y más, los Artilleros en servicio activo y los Artilleros en uso de retiro, hasta que todo culminó felizmente, con la fundación del Grupo Santa "Bárbara".

Hace cabalmente diez años que se fundó el Grupo y respecto a mi persona, acabo de entregar una somera relación, que me fué encomendada, sobre los principales hechos del "Santa Bárbara" en sus dos lustros de existencia; y como culminación de mis cincuenta años de Artillero, debo darle gracias al Todopoderoso por haberme permitido que en estos diez últimos años, haya podido tener una vida Artillera tan agradable, tan sentida y tan activa, como jamás lo soñe.

El señor General Hernando Currea Cubides, Ministro de la Defensa, quien fuera de sus grandes dotes de organizador y orador, de sus excelentes virtudes militares y de su desvelado patriotismo, ha sido, como buen Artillero un entusiasta impul-

sador del Grupo desde su fundación; desde el puesto que merecidamente hoy ocupa, ha tenido la gentileza de invitar en algunas de sus visitas a las Guarniciones Artilleras y de llevar dentro de su comitiva a Oficiales del Santa Bárbara y a sus señoras.

He tenido el placer y el honor de hacer parte de las comitivas que visitaron a Valledupar, Bellavista y Buga. Pocas veces en mi vida Artillera, he gozado tanto al ver la diferencia tan grande entre la instalaciones, alojamientos, que en esas Guarniciones nos tocaron hace algunos años y entre las de ahora. Al recordar las incomodidades tan grandes de los Oficiales y soldaditos de entonces y ver los excelentes alojamientos que ahora van a ocupar los servidores de la Patria, se siente algo difícil de expresar. Gracias a quienes luchan con desinterés y patriotismo, por mejorar las condiciones de vida de los defensores de Colombia.

Al poner punto final a estas deshilvanadas anécdotas, veo que hay una enorme diferencia, muy favorable por cierto, en conocimientos, elementos de estudio, material, alojamientos... entre lo que existía cuando me puse por primera vez, hace cincuenta años, el distintivo de la Artillería y lo que hoy existe; pero lo que más me llena de satisfacción, es que nuestro espíritu Artillero, eso que vale mucho más que todo lo material, lo recibimos y lo hemos podido no sólo conservar sino acrecentar y que, los que nos han reemplazado a nosotros, al igual que sus antecesores, lo enaltecen y aumentan más cada día.

Dios mío, que Tú y la Mártir de Nicomedia, nos sigan bendiciendo, a todos los que hemos llevado, llevan y llevarán algún día las insignias de la ARTILLERIA...

RICARDO BAYONA POSADA.

## CONTENIDO:

	Página.
Prólogo . . . . .	3
Introducción . . . . .	5
“Regimiento de Artillería Nº 1 Bogotá” los 22 Cañonazos.	9
Mi Capitán Quijano Villamizar . . . . .	11
La misma estatura . . . . .	13
Los cucarrones del maestro . . . . .	15
Los jarros del Sargento Atará . . . . .	17
Reglamento de Esgrima . . . . .	19
Domingo se puede tomar, para lunes trabajar . . . . .	21
Nuevas Unidades . . . . .	25
El “Grupo Bogotá” . . . . .	27
Ya está castigado . . . . .	31
Salto de la chilenua . . . . .	33
Grupo Palacé “Batería Palacé” . . . . .	35
Que vaya Efraín . . . . .	37
La batería de costa de Buenaventura . . . . .	39
Qué tal si yo voy . . . . .	43
Furúnculo y quinoformo . . . . .	45
Dispepsia . . . . .	49
Un pescador vale más que todo esto . . . . .	51
Grupo de Artillería Galán . . . . .	53
Pamplona a oscuras . . . . .	54
Nos honra con su presencia . . . . .	55
Cuando está estudiando piano estoy tranquila . . . . .	57
Chinácota . . . . .	59
Cursos de Artillería . . . . .	63
El grupo Galán en Málaga. Santander . . . . .	65
Permaneció impasible . . . . .	67
Así se prepara ahora el té . . . . .	71

	Página.
Sogamoso . . . . .	73
Por creer lo que no debe creer . . . . .	77
Frenos del 88 . . . . .	81
Tenía pico y plumas . . . . .	83
Si estos pastos conversaran . . . . .	87
La lavadora de Tarapacá . . . . .	91
Los y las misioneras . . . . .	93
El Grupo de Artillería "La Popa" . . . . .	97
Los pilotos de la Scadta . . . . .	97
La voluntad de un Oficial . . . . .	98
Escuela de Artillería . . . . .	100
El carro fantasma . . . . .	101
Grupo San Mateo . . . . .	103
Baile de hombres . . . . .	105
El suicidio de San Mateo . . . . .	107
Escuela de Artillería . . . . .	111
Retratos padres de la Artillería . . . . .	111
Los Artilleros sí venimos al sur . . . . .	115
Termina mi comando efectivo de Artillería . . . . .	115
Fiebre amarilla . . . . .	116
Comandos de Brigada y nueve de abril . . . . .	117
Títulos . . . . .	117
El final del servicio activo . . . . .	119
El retiro . . . . .	121
Visitas a la Picota y Pereira . . . . .	123
Nuevamente Escuela de Artillería . . . . .	125

